



LICENCIATURA EN RELACIONES INTERNACIONALES FACULTAD DE DERECHO Y
CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Director: PABLO DONS

**Las dos caras del Norte: Dinámicas de control estatal canadiense y
ruso (2015–2020)**

Alumna: Martina Luján Ruiz

ID: 000-17-8436

Tutora: Dalma Varela

2026

Índice

Agradecimientos.....	3
Introducción.....	5
Capítulo I: Consideraciones iniciales.....	7
Tema de investigación.....	7
Pregunta problema de investigación.....	7
Elección del tema.....	7
Alcance y factibilidad del estudio.....	8
Metodología.....	8
Objetivo General y objetivos específicos.....	9
Diseño metodológico.....	9
Capítulo II: Estado del arte.....	10
Estudios generales sobre el Ártico.....	10
El caso ruso.....	11
El caso canadiense.....	12
Capítulo III: Marco teórico y conceptual.....	14
Capítulo IV: El Ártico como espacio estratégico.....	19
Contexto geográfico y ambiental.....	19
Recursos estratégicos y rutas marítimas.....	20
Gobernanza regional.....	22
Capítulo V: Rusia y la estrategia militar-discursiva en el Ártico.....	24
Capítulo VI: Canadá y la revalorización del Ártico.....	34
Consideraciones finales.....	40
Referencias bibliográficas.....	43

Agradecimientos

Fueron incontables las veces en las que dudé de mí misma, que creí que no iba a ser posible, que no iba a poder hacerlo. Cuando pienso en a quién quiero agradecer, la respuesta es simple: a quienes estuvieron a mi lado cada vez que esa duda me nublaba. Por eso no queda más que decir gracias, esto es para ustedes, lo hago con la esperanza de que se sientan orgullosos de mí.

En primer lugar, en último y para siempre, quiero agradecer a mi familia, por haber inculcado la educación como una prioridad y como un valor innegociable. A mi mamá, a mi papá y a mi hermano: este reconocimiento no es solo mío, también les pertenece. Gracias por el apoyo constante, la paciencia, por el acompañamiento silencioso en los momentos de cansancio y por inspirarme a mejorar siempre.

A mis abuelos y los miembros de mi familia que hoy ya no están, pero cuya presencia me acompañó en cada examen, en cada presentación. Por el amor, el recuerdo y la fuerza que siguen guiando mis pasos. Para las generaciones anteriores a mí que no pudieron acceder a una formación académica, este trabajo es también el reflejo de un camino colectivo sostenido por afectos, esfuerzos y oportunidades construidas con sacrificio.

A mis amigos, mi familia elegida, que supieron acompañarme incluso en mis versiones más conflictivas. Gracias por quedarse a mi lado siempre, por estar de manera presente y constante, y por compartir momentos inolvidables que hicieron que este recorrido fuera más ameno.

A mis colegas, a los amigos que me llevo de la facultad, con quienes compartí y atravesé esta etapa. Gracias por ayudarme a salir de los estancamientos, por las charlas, el aprendizaje compartido y por hacer de esta experiencia algo único e inolvidable.

Finalmente, quiero agradecer a la facultad, que durante estos cuatro años fue mucho más que un espacio académico. A cada profesor y profesora que pasó por el aula, porque de todos me llevo algo. Hay partes de cada clase, de cada intercambio y de cada enseñanza presentes en este trabajo, como resultado de un recorrido compartido.

Introducción

En las disputas territoriales, la ubicación geográfica no se trata de un dato accesorio, más bien es el factor primordial que dicta la distribución del poder y la proyección de capacidades estatales. Históricamente, el acceso a recursos y el control de accesos claves hacen posible que determinados territorios tengan un valor político que trasciende sus límites geográficos, transformándolos en escenarios donde los Estados buscan materializar su soberanía. El Ártico, en este sentido, se presenta como el caso de estudio de esta dinámica; por muchos años, la región polar fue percibida indudablemente como una periferia, un “espacio vacío”, sin embargo, este paradigma ha colapsado. Según el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (2022), el Ártico atraviesa un proceso de transformación climática sin precedentes donde el retroceso del hielo marítimo deja de ser únicamente un fenómeno ambiental para convertirse en un detonante geopolítico. Esta transformación de cierta manera ha “desbloqueado” el territorio, habilitando nuevas rutas de navegación y revelando el potencial de recursos estratégicos que yacen en la región. Así, el Norte ha pasado de la marginalidad a convertirse en un tablero central donde la lucha por el poder ya no se desarrolla en un vacío, sino en un espacio de competencia estructural.

El ejercicio del poder ha estado íntimamente ligado a la apropiación y organización del espacio, en la medida en la que controlar un territorio ha constituido una condición fundamental para ejercer autoridad política. Las comunidades humanas se esforzaron por ocupar espacios, declararlos propios e imponer sobre ellos formas de dominio. En los territorios considerados “vacíos” o habilitados por poblaciones sin reconocimiento político en el sistema internacional, la ocupación podría darse con relativa facilidad. En cambio, cuando se trata de zonas disputadas por Estados consolidados, la competencia se vuelve más intensa y la lucha por el poder más ardua. En este escenario, se considera que la soberanía se construye sobre una tríada de herramientas: la presencia militar como garante de la seguridad, el despliegue de infraestructura como anclaje físico y el poder discursivo como la narrativa necesaria para legitimar control ante la comunidad global. Así, las dinámicas de apropiación y control territorial adquieren una dimensión geopolítica particular marcada por ambiciones nacionales, tensiones internacionales y desafíos globales.

Al mismo tiempo, el Ártico se trata de un territorio habitado, donde las comunidades indígenas mantienen una presencia histórica que antecede a la consolidación de los Estados modernos. Su relación particular con el espacio agrega un nivel de complejidad particular: sus visiones e intereses conviven –y muchas veces colisionan– con las aspiraciones soberanas de los Estados ribereños. Esta intersección transforma a la región en un escenario atravesado por normas e intereses superpuestos, rivalidades militares y expectativas económicas.

Entre los actores más influyentes en esta competencia se encuentran Canadá y Rusia como países con las líneas costeras más extensas y una vinculación importante con el Norte, ambos representan modelos fundamentales para comprender cómo se ejerce el control en el siglo XXI. No

obstante, sus estrategias durante el período 2015-2020 presentan diferencias profundas tanto en su ejecución operativa como en sus fundamentos discursivos. Este contraste manifiesta que el desafío ártico no impone una única manera de afrontarlo, sino que ante un mismo desafío geográfico, los Estados despliegan modalidades diferenciadas para sostener su presencia y validar su legitimación.

Bajo esta premisa, la presente investigación se centra en un análisis que enfrenta a Canadá y Rusia, dos Estados con una proyección determinante en la región, cuyas estrategias de control territorial entre 2015-2020 reflejan tanto sus ambiciones nacionales como su concepción particular del poder y el control. Observar cómo cada actor traduce esas aspiraciones en acciones concretas permite comprender la disputa ártica como un conflicto que, en última instancia, actúa como un espejo de las tensiones más amplias del orden internacional contemporáneo.

Capítulo I: Consideraciones iniciales

Tema de investigación

La presente investigación analiza la disputa territorial en el Ártico, enfocándose en las estrategias de control estatal ejecutadas por Canadá y Rusia. En un escenario enmarcado por el cambio climático, el deshielo y la creciente competencia por recursos estratégicos –cada vez más limitados–, ambos Estados buscan reforzar su presencia mediante distintos mecanismos de proyección soberana. La investigación propone un análisis comparado a través de tres ejes clave: la infraestructura, el despliegue militar y la narrativa discursiva con el fin de entender cómo se configuran las formas de control territorial y cuáles son sus implicancias en la gobernanza de la región, incluyendo su impacto político y social sobre las poblaciones autóctonas del espacio.

Pregunta problema de investigación

Este trabajo se basa sobre la premisa de que el Ártico se ha convertido en un escenario clave para comprender las nuevas disputas territoriales contemporáneas, donde la competencia por el control de los recursos, la soberanía y proyección de poder adquiere un carácter estratégico. A medida que el deshielo progresivo abre nuevas rutas marítimas y posibilidades de explotación de recursos, el interés de los Estados ribereños se intensifica, agudizando las tensiones de soberanía y la incertidumbre sobre quién tendrá el control efectivo de ese espacio.

En este contexto, se destacan Canadá y Rusia como dos actores centrales cuyos enfoques hacia la región revelan estrategias diferentes de proyección por el dominio de la región. A partir de este problema, surge la siguiente pregunta que orientará la investigación: ¿Cómo ejercieron Canadá y Rusia el control territorial en el Ártico entre 2015 y 2020, y de qué manera la gestión de recursos naturales y las poblaciones indígenas condicionaron la legitimidad de ese control? Esta pregunta de investigación busca orientar el análisis hacia una comprensión integral de las formas en que los Estados materializan su soberanía y autoridad sobre territorios estratégicos, identificando los distintos mecanismos mediante los cuales Canadá y Rusia proyectan control en el Ártico. Del mismo modo, se busca contrastar los enfoques con el fin de evidenciar cómo se legitiman (o cuestionan) sus modelos de gobernanza y soberanía en el ártico.

Elección del tema

Al comenzar la carrera y en el intercambio con diversos profesores, el Ártico aparecía de manera recurrente como un tema de debate contemporáneo asociado con problemas de soberanía, recursos naturales y cambio climático; esa presencia constante en los contenidos académicos,

despertó mi interés por comprender en profundidad las razones de su creciente relevancia y las implicancias políticas que encierra su disputa territorial.

En esa búsqueda, comprendí que en las últimas décadas el Ártico ha pasado de ser considerado una zona periférica a consolidarse como un escenario central de la geopolítica actual, en el cual Canadá y Rusia ocupan posiciones dominantes. A primera vista, parecen países con trayectorias históricas, sistemas políticos y tradiciones diplomáticas muy diferentes; sin embargo, ambos buscan proyectar poder y consolidar su presencia sobre un mismo territorio.

Otro factor que hace del Ártico un espacio singular, y que motivó el interés de esta tesina, es su condición habitada. Comprender que la disputa no se limita únicamente a la dimensión geopolítica, y comprender que el Ártico es hogar de comunidades originarias, cuya vida y cultura se ven afectadas por las políticas estatales, introduce una dimensión social y política que complejiza la disputa territorial y amplía la comprensión del conflicto en torno a la soberanía y el control del espacio.

Desde una perspectiva académica, el Ártico ofrece un espacio propicio para articular distintos campos de interés dentro de las relaciones internacionales, como la geopolítica, la política exterior y la reflexión sobre el poder estatal. La región funciona como un punto de intersección entre tres dimensiones que conviven; una dimensión material —infraestructura o presencia militar— y aspectos discursivos y simbólicos. En este sentido, la investigación busca contribuir al debate académico sobre la proyección del poder en territorios estratégicos, explorando cómo los Estados construyen sentido y autoridad en un contexto atravesado por tensiones globales, desafíos ambientales y transformaciones tecnológicas.

Al mismo tiempo, esta investigación permite comprender cómo el poder estatal se redefine ante un espacio en constante cambio, en el que los límites entre lo político, lo ambiental y lo estratégico se vuelven difusos.

Alcance y factibilidad del estudio

La factibilidad de esta investigación se basa en el uso de fuentes primarias y secundarias, que permiten un sostén sólido para el análisis comparativo de las estrategias de control territorial de Canadá y Rusia en el Ártico. La incorporación de estas fuentes permite construir una base empírica sólida para examinar, desde un posicionamiento cualitativo y comparado, de qué manera ambos Estados proyectan su autoridad. A su vez, se recurrirá al análisis de declaraciones oficiales, con el fin de identificar las narrativas y construcciones simbólicas que legitiman su control territorial.

Metodología

Objetivo General y objetivos específicos.

El objetivo general de la investigación es identificar las estrategias de control territorial implementadas por Canadá y Rusia en el Ártico entre 2015 y 2020, a partir de sus principales mecanismos estatales de proyección y consolidación territorial.

A partir de este enfoque general, la investigación establece los siguientes objetivos específicos:

- Comparar los enfoques estatales en relación con el uso y control de los recursos naturales como elemento estratégico en la disputa territorial.
- Examinar la consideración (o ausencia) de las poblaciones indígenas en las estrategias estatales de control territorial desarrolladas por Canadá y Rusia.
- Evaluar las implicancias políticas de las estrategias estatales comparadas en términos de legitimidad, proyección de poder y modelo de gobernanza territorial.

Diseño metodológico

El diseño de la investigación parte de una perspectiva cualitativa y comparada, pensada como el enfoque más adecuado para comprender las estrategias estatales y los procesos políticos que subyacen al ejercicio del control territorial en el Ártico. El propósito es explorar cómo Canadá y Rusia construyen y proyectan su control en el Ártico mediante un análisis de las acciones que sustentan su presencia y de cómo cada Estado traduce ese control en prácticas concretas, para ello se utiliza un enfoque descriptivo y explicativo que no se limita a señalar las políticas que implementa cada país, sino que busca interpretar las motivaciones y lógicas de poder que las sostienen a través de distintas dimensiones que estructuran el análisis, las cuales funcionan a su vez como puertas de entrada para observar distintas maneras de ejercer soberanía sobre el territorio.

Dado que el Ártico constituye un espacio de difícil acceso, la investigación se apoya en el análisis de fuentes secundarias como documentos oficiales, informes gubernamentales, discursos, declaraciones y artículos académicos junto con publicaciones de organismos multilaterales y centros de investigación especializados. Gran parte del material consultado está disponible en español y en inglés; en este último caso, todas las traducciones al español fueron producidas por cuenta propia.

En definitiva, el propósito de este enfoque es analizar el accionar estatal en su complejidad, reconociendo que detrás de cada política hay una forma particular de concebir y proyectar la soberanía. Desde esta perspectiva, el Ártico se convierte en un espacio en donde se entrecruzan intereses, discursos y desafíos que trascienden lo meramente geográfico.

Capítulo II: Estado del arte

En el proceso de búsqueda y revisión bibliográfica surgió una amplia variedad de estudios y visiones sobre el Ártico. Esta diversidad, si bien es enriquecedora, representó un reto para delimitar el campo de estudio sin perder de vista la complejidad política y territorial que caracteriza a la región. Para esto, fue indispensable establecer un recorte claro de actores, período y dimensiones analíticas, lo que permitió articular las fuentes seleccionadas en torno a los objetivos propuestos y al interrogante central de la investigación.

Si bien no todos los textos seleccionados se enfocan estrictamente en el período 2015-2020, sus aportes resultan esenciales para contextualizar procesos previos que ayudan a comprender las acciones desarrolladas durante ese lapso, especialmente en lo que respecta a las similitudes y diferencias entre Canadá y Rusia en la disputa por el control de la región, determinada en gran medida por su proximidad al territorio y su capacidad para ejercer poder efectivo sobre él.

Estudios generales sobre el Ártico

Comenzando por la obra de Klaus Dodds y Mark Nuttall (2016), *The Scramble For The Poles The Geopolitics Of The Arctic and Antarctic*, que resultó clave para incorporar una perspectiva integradora sobre los territorios polares como espacios de competencia, representación y poder. Esta lectura combina factores históricos y políticos, y a partir de esta combinación los autores abordan cómo el Ártico pasó de concebirse de ser “*tierra de nadie*” para convertirse en escenario de disputa material y simbólica entre los Estados; este análisis evidencia que la presencia estatal no se limita a la ocupación física, sino que se construye mediante discursos, actos y prácticas de soberanía —como las exploraciones científicas, la cartografía o la imposición de banderas en el territorio—. A su vez, el texto otorga un rol central al cambio climático, al señalar que los procesos de deshielo progresivos modifican de forma sustancial la configuración física del Ártico. Dichas transformaciones, originadas por el calentamiento global, alteran la geografía y límites naturales de la región, cuestión que genera nuevas dificultades para delimitar, administrar y gobernar el territorio; de esta manera, el texto introduce un aspecto que reaparece de manera constante en la literatura especializada sobre el Ártico: el cambio climático como un factor estructurante que no solo afecta las condiciones materiales del espacio, sino que también su dimensión política y simbólica, al tener impacto en la forma en la que los Estados proyectan su soberanía y control sobre la zona. Desde esta perspectiva, los autores explican cómo el Ártico no se debe comprender como un vacío geográfico sino como un territorio en permanente transformación y con gran importancia política y estratégica.

En esta misma línea, Lassi Heininen (2012) en su texto *Arctic strategies and policies: Inventory and comparative study*, examina cómo el cambio climático opera como variable estructurante del Ártico en los ámbitos ambiental, geoeconómico y geopolítico, impulsando así a los ocho Estados árticos —Canadá, Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega, Rusia, Suecia y Estados

Unidos— a (re)definir sus políticas nacionales y a fortalecer mecanismos de cooperación regional, como el Consejo Ártico. Además, se hace una honorable mención al creciente protagonismo de las organizaciones de pueblos indígenas, que participan activamente como actores permanentes en las discusiones sobre el futuro de su espacio. En este contexto, el autor subraya que el Ártico es un espacio en donde confluyen dinámicas de cooperación y competencia, estableciendo así el marco a partir del cual analizar las estrategias de los Estados ribereños. Particularmente, sobre Canadá el autor destaca que la trayectoria del país en la región se articula bajo políticas en torno a la soberanía, el desarrollo sostenible y la cooperación multilateral, con un énfasis en la dimensión humana y ambiental. Por su parte, Rusia orienta su accionar desde los *Fundamentals of State Policy in the Arctic up to 2020 and Beyond* (2008) donde concibe el Ártico como una base estratégica de recursos y un eje de seguridad nacional, priorizando la infraestructura, la defensa y la explotación energética. El aporte del autor resulta esencial para comprender de forma general la forma de actuar que tienen ambos Estados, frente a las transformaciones del Ártico.

Este análisis proporciona una base conceptual y comparativa desde la cual es posible situar ambas estrategias nacionales dentro de un mismo marco analítico, lo que me conduce posteriormente a indagar sobre el estudio específico de cada país.

El caso ruso

En lo que concierne al caso ruso, destaco el estudio de Klimenko (2016) llamado *Russia 's Arctic security policy: Still quiet in the High North?* en donde aborda los cambios en el enfoque ruso hacia la región, evidenciando cómo una zona que había sido caracterizada por la cooperación y la estabilidad pasó a adquirir un alto grado de centralidad dentro de la estrategia de seguridad nacional rusa. En el texto se explica cómo tras el fin de la Guerra Fría, Rusia adoptó una postura cooperativa en el Ártico, orientada al desarrollo económico y a la explotación de recursos energéticos mediante alianzas internacionales; Sin embargo, a partir del deterioro de las relaciones con Occidente y, sobre todo, tras la crisis de Ucrania en 2014, se observa un cambio sustantivo en la narrativa oficial y un proceso de reafirmación militar acompañado por la securitización del Ártico. En este contexto, la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) toma fuerza como un factor de riesgo para los intereses estratégicos rusos, cuestión que la autora expone que se ve reflejada en documentos estratégicos como la *Doctrina Militar de 2014* y la *Estrategia de Seguridad Nacional* de 2015. De igual manera, la autora destaca que la creciente presencia militar rusa en el Ártico no debe interpretarse como una intención de confrontación directa, sino, como una estrategia preventiva orientada a proteger su posición en un entorno internacional incierto, ya que, a pesar del fortalecimiento del discurso oficial, Moscú sigue apelando a la imagen del Ártico como una zona de paz y cooperación de modo que su aporte evidencia, como se mencionó al comienzo, la combinación de una retórica cooperativa con una práctica de securitización progresiva, en la que conviven la defensa de los intereses soberanos con la búsqueda de legitimidad internacional.

A partir de lo planteado por Klimenko, se evidencia la doble dinámica de la política rusa en el Ártico: mientras refuerza su control militar y territorial frente a la expansión de la OTAN, también

impulsa una estrategia económica orientada a consolidar su presencia y aprovechar los recursos de la región. Esta particularidad entre seguridad y desarrollo marca el paso hacia una nueva mirada en donde el Ártico emerge, para Rusia, como un espacio de explotación y poder, en donde el desarrollo económico sirve también para afirmar autoridad política.

Siguiendo esta línea, el aporte de Soroka (2016) en *The political economy of Russia 's reimagined Arctic* resultó especialmente valioso ya que nos invita a un recorrido histórico que comienza con la caída de la Unión Soviética y el consecuente período de revalorización del Norte como espacio estratégico, impulsado por una mezcla de nacionalismo energético y la necesidad de recuperar su estatus como potencia global; algo que resultó particularmente relevante de la obra es que la misma no se limita a explicar la estrategia rusa en términos de *realpolitik*, sino que la interpreta como un proceso más profundo de reconstrucción identitaria, como si el territorio fuese una oportunidad para reafirmar el estatus global de Rusia. A su vez, Soroka describe cómo el gobierno ruso concibe al Norte como el corazón de un desarrollo nacional orientado a fortalecer una economía centrada en Moscú, es decir, un modelo económico que busca integrar regiones periféricas bajo la centralidad política del Kremlin. Soroka ejemplifica esto último cuando muestra cómo proyectos como la Ruta Marítima del Norte (NSR) cumplen una doble función al promover el desarrollo económico y al mismo tiempo, actúan como símbolos de prestigio.

El caso canadiense

En contraste con el caso ruso, me encontré con textos muy distintos, guiados por otra lógica de autonomía que incorpora dimensiones más amplias que las meramente económicas, y que revelan una forma diferente de ejercer control y dominio sobre el territorio.

El primer aporte destacable es el de Lackenbauer y Koch (2021) en su texto *Northern and Arctic security and sovereignty: Challenges and opportunities for a Northern Corridor*, abordan la política de seguridad y soberanía del Ártico desde una perspectiva integral. En el texto se explica cómo, durante la última década, Canadá consolidó una visión de gobierno integral y sociedad en conjunto, donde la defensa del Ártico no depende únicamente de las fuerzas armadas, sino también de la cooperación entre distintos niveles del Estado, las comunidades locales y los pueblos indígenas. Desde esta mirada integral, la política canadiense aparece sustentada en la colaboración interna más que una mera acumulación de capacidades militares. El texto señala que la política de defensa canadiense de 2017 se consolidó bajo esta lógica, reconociendo al Ártico como una región de gran relevancia estratégica, económica y cultural para el país. En un contexto marcado por la competencia entre grandes potencias, el Norte canadiense pasó a ocupar un lugar clave dentro de la defensa norteamericana y de la OTAN, a través del desarrollo de infraestructura de seguridad, cooperación tecnológica y la vigilancia conjunta; No obstante, Canadá combina esta lógica de disuasión con un enfoque multilateral, apostando por un orden regional basado en reglas y por el fortalecimiento de los foros circumpolares, especialmente el Consejo Ártico, al que reconoce como el principal espacio de diálogo y cooperación en la región.

Por otro lado, el texto de Quattrocchi y Castriani (2020) resulta necesario para comprender la evolución de la política ártica canadiense y la manera en la que el país articula su geografía, identidad nacional y compromiso frente al cambio climático dentro de su estrategia hacia el Norte basada en la autonomía cooperativa. Esta concepción integra elementos identitarios, ambientales y sociales, situando al Ártico no sólo como un espacio estratégico, sino también como un factor necesario del imaginario identitario del país. Los autores muestran cómo la política ártica canadiense transicionó desde un enfoque centrado en la *hard security* –predominante durante los gobiernos conservadores– a una visión más inclusiva y cooperativa, reforzada durante el gobierno de Trudeau, este giro se refleja en la participación activa de las comunidades del polo y en la incorporación de la voz y el conocimiento de los pueblos originarios como parte de la toma de decisiones. De este modo, la soberanía canadiense que se configura en torno a la cooperación, la sostenibilidad y la inclusión redefiniendo la relación del Estado con su territorio y quienes lo habitan. Así mismo, los autores destacan 2019 como un año de cambios significativos, en este año Canadá comenzó a reconocer a la OTAN como un foro clave para abordar los desafíos del Ártico. Esta decisión, vinculada a una postura más pragmática en materia de defensa y cooperación, evidenció la voluntad del país de fortalecer su presencia en la región a través de alianzas multilaterales y diálogo estratégico.

En conjunto, el recorrido por la literatura sobre las políticas árticas de Canadá y Rusia permitió identificar tanto los puntos de convergencia como las profundas diferencias en sus enfoques. Sin embargo, la mayoría de los Estados abordan cada caso de manera aislada sin integrarlos a un esquema comparativo aplicado al período 2015-2020. Esta vacancia orienta el desarrollo de la presente investigación, que propone un estudio comparado e integrado de las principales dimensiones de proyección soberana en la región.

Así, este recorrido no agota las preguntas, sino que abre un paraguas de nuevos debates conceptuales y necesidades teóricas, tales como la articulación entre seguridad, desarrollo y poder; así como la transformación de la noción de frontera frente a la competencia global y el cambio climático. Estas inquietudes marcan el paso hacia el marco teórico y conceptual, donde se delimitarán con mayor precisión los significados y enfoques que permiten comprender esta problemática.

Capítulo III: Marco teórico y conceptual.

El presente capítulo establece el marco teórico y conceptual que orienta el análisis de las estrategias de control territorial desarrolladas por Canadá y Rusia en el Ártico. A través de esta sección se busca definir el enfoque teórico general desde el cual se interpretan las acciones estatales.

La investigación adopta una perspectiva realista-ofensiva, la cual permite comprender el comportamiento de los Estados en un sistema internacional competitivo y las dinámicas que los impulsan a proyectar su influencia sobre territorios de alto valor geopolítico. En este sentido, resulta pertinente remitirse a la obra *The Tragedy of Great Power Politics* de John Mearsheimer, junto con diversos aportes teóricos de autores como Waltz, Salas-Bourgoin y Orozco, entre otros, que ayudaron a construir una comprensión teórica y delimitar los marcos analíticos a partir de los cuales se aborda la investigación y el desarrollo.

El realismo ofensivo surge como una crítica a las variantes defensivas del realismo y de la necesidad de explicar por qué los Estados, en un sistema internacional anárquico, no se conforman con mantener su seguridad, sino que tienden a maximizar su poder y a asegurar el control de regiones estratégicas. Para Mearsheimer, esta dinámica responde a una lógica de supervivencia: en un entorno sin autoridad supranacional, el aumento de poder para un Estado implica una pérdida relativa para otros, lo que impulsa a los Estados a buscar constantemente oportunidades para modificar la distribución del poder internacional a su favor (Mearsheimer, 2001).

El autor así, plantea una serie de interrogantes centrales para el análisis de las relaciones internacionales, tales como cuánto poder es suficiente y con qué finalidad los Estados buscan incrementarlo. En este sentido, el nivel de poder que posee un Estado constituye directamente el grado de su autonomía y su capacidad de actuar en el sistema internacional, determinando tanto los recursos como las herramientas que tiene para proyectar su influencia y definir su margen de maniobra frente a otros Estados. Y, de forma simultánea, esta distribución de capacidades incide directamente en las probabilidades de supervivencia de los Estados, en un escenario caracterizado por la coexistencia de actores con capacidades desiguales pero con incentivos compartidos para maximizar su poder.

Este planteo abrió la interrogante acerca de si los Estados operan como unidades aisladas, inmersas en una lógica de competencia permanente orientada a superar el poder de los demás, o, si la existencia de foros y espacios de cooperación puede ser compatible con un sistema internacional anárquico. Al respecto, el autor reconoce que sí se puede cooperar y establecer alianzas cuando comparten intereses específicos o enfrentan amenazas comunes, no obstante, esta cooperación es limitada por la constante incertidumbre que no desaparece incluso en contextos de colaboración. En consecuencia, la cooperación se desarrolla bajo condiciones de desconfianza y cálculo estratégico, sin eliminar la competencia, lo que obliga a los Estados a diseñar sus estrategias considerando

permanentemente su entorno externo y procurando que las acciones de otros actores no perjudiquen sus propios intereses (Mearsheimer, 2001).

Al respecto, Mearsheimer (2001) agrega que, aun cuando existan espacios de cooperación y ciertos niveles de confianza, el trasfondo de enemistad no desaparece, sigue latente; el aliado no deja de ser un actor que, ante un cambio en la distribución de poder, puede transformarse en una amenaza. Los Estados se conciben como actores vulnerables y expuestos, lo que los impulsa a priorizar su propia supervivencia a través de comportamientos predominantemente egoístas y orientados a la defensa de intereses nacionales. En consecuencia, la acumulación de poder no solo resulta necesaria para enfrentar los desafíos presentes, sino también para anticipar y gestionar amenazas futuras.

A partir del desarrollo teórico del realismo ofensivo, surge la necesidad de profundizar en una serie de conceptos estructurales que subyacen a su enfoque y que resultan centrales para comprender la lógica de competencia interestatal. En este marco, la anarquía se presenta como una categoría central, cuya delimitación conceptual en esta investigación se apoya en los aportes de Kenneth Waltz.

Dicho autor, en su obra *theory of international politics* construye el concepto de anarquía a lo largo de su desarrollo teórico como una condición estructural que presenta el sistema internacional en donde hay una ausencia de una autoridad central capaz de regular coercitivamente las relaciones entre Estados (Waltz, 1979). A lo largo del texto comprendemos que no implica necesariamente caos o destrucción permanente, sino la existencia de la posibilidad del uso de la fuerza, dado que cada Estado decide por sí mismo, de forma autónoma, si recurre o no a ella, aunque debe encontrarse siempre preparado para hacerlo.

Resulta relevante considerar la idea de que la anarquía genera un estado persistente de incertidumbre y desconfianza respecto de las intenciones de los demás actores, lo que obliga a los Estados a mantener una preparación defensiva constante, como requisito para preservar su autonomía. Ante la inexistencia de garantías externas de seguridad, los Estados están obligados a recurrir a la lógica de autoayuda, la cual se convierte en el principio dominante de acción en un sistema internacional competitivo, donde la preservación de la autonomía adquiere primacía frente a otros objetivos, incluso por encima del bienestar (Waltz, 1979).

A lo largo del desarrollo teórico de las relaciones internacionales, así como en la formación de la carrera, el concepto de poder aparece de manera recurrente como una categoría central para comprender el comportamiento de los Estados en el sistema internacional. Es una noción ampliamente utilizada y abordada desde múltiples enfoques con definiciones diversas que varían según el contexto histórico. Para esta investigación, resulta relevante retomar la concepción de poder propuesta por John Mearsheimer, en tanto constituye un eje central en su desarrollo teórico y clave para comprender la dinámica de la competencia interestatal.

Desde la perspectiva del autor, el poder debe entenderse principalmente en términos materiales, como el conjunto de capacidades que permiten que un Estado garantice su supervivencia y competir con otros actores en el sistema internacional. En este sentido el autor distingue entre poder potencial —recursos socioeconómicos que posibilitan construir capacidades militares— y poder efectivo —capacidad coercitiva de las fuerzas armadas— (Mearsheimer, 2001). Bajo esta lógica, el poder se constituye como la principal moneda de cambio de la política de las grandes potencias.

En este marco, el poder adquiere una relevancia central porque define el grado de autonomía con el que un Estado puede actuar en el sistema internacional, esta distribución de poder no solo condiciona las capacidades materiales de los Estados sino también el margen de maniobra del que disponen para proteger su seguridad, defender sus intereses y proyectarse hacia el exterior. Entonces, esta acumulación de materiales se vincula directamente con la necesidad de reducir la vulnerabilidad ante amenazas externas, significando que la seguridad implica un espacio libre de agresiones y tomar todas las medidas necesarias para evitar situaciones de peligro (Orozco, 2005), sobre todo la protección de la integridad territorial.

Este análisis introduce una cuestión de igual —o mayor— importancia: la relación entre el territorio y el control del espacio. Para esto, se utilizaron textos de autores como Elden y Salas-Bourgoin quienes coinciden en señalar que el territorio y sus límites son los que permiten determinar hasta dónde un Estado puede efectivamente ejercer poder. Desde esta perspectiva, el territorio no es entendido únicamente como un espacio físico o una porción de tierra, sino que implica una construcción política que conlleva posesión, control y capacidad de autoridad sobre determinado lugar.

Entonces, estar situado en un territorio implica, de forma directa, quedar sujeto a la soberanía que se ejerce sobre ese territorio. Claro está que esta dinámica entre territorio y poder no es algo novedoso, es algo central desde los orígenes del sistema estatal moderno; históricamente, la posesión de territorio ha funcionado como uno de los principales indicadores de poder, en la medida de que los Estados buscan ampliar o consolidar su dominio espacial para incrementar su capacidad de proyección y, simultáneamente, limitar las posibilidades de expansión de otros actores. En este sentido, el poder se encuentra íntimamente ligado al territorio, entendido como el área delimitada dentro de la cual el ejercicio del poder resulta legítimo y efectivo (Salas-Bourgoin, 2019).

Una vez establecidos los conceptos fundamentales que conforman el marco teórico, se vuelve más evidente la forma en la que estos conceptos intervienen y están trascendentalmente vinculados con la investigación. La disputa por quién es el dueño del Ártico se transformó casi en una búsqueda del tesoro, en la que parecería que quien logre consolidar su control sobre la región asegura una ventaja estratégica clave, lo que permite comprender por qué el Ártico se configura hoy como un espacio estratégico dentro del sistema internacional contemporáneo, no únicamente por sus características geográficas y ambientales. Tal como sostiene Dodds (2021), esto se da fundamentalmente por su condición de “territorio sujeto a cambio” en donde interfieren múltiples

fuerzas de forma simultánea, entre ellas el cambio climático tiene un rol central porque sus efectos son notablemente visibles, modificando de forma sustancial las condiciones de acceso, habitabilidad y explotación del territorio.

Así, el interés por el Ártico pasó de cero a mil reconfigurando las posibilidades de protección estatal sobre el espacio; Este Incremento sostenido del interés por la región hace que los Estados árticos busquen la consolidación efectiva de su soberanía sobre sus respectivas porciones del Ártico, entendida no solo como una reivindicación jurídica sino como una práctica concreta de control territorial.

En paralelo, este proceso se desarrolla en un escenario paradójico. Por un lado, el Ártico es un espacio en el que los impulsos hacia la cooperación existen, casi en su totalidad, por sobre el conflicto debido a la convergencia de intereses significativos y comunes entre los actores involucrados –especialmente en materia ambiental, científica y de seguridad–. Pero, al mismo tiempo se trata de un territorio donde las nociones tradicionales de frontera se ven borrosas, lo que desafía directamente la soberanía de los Estados y reactiva lógicas de desconfianza propias del sistema internacional.

En este sentido, una frase que viene muy al caso es la frase “las buenas cercas hacen buenos vecinos”. En un espacio en donde las fronteras son difusas y las condiciones materiales del territorio se encuentran en constante transformación, los Estados refuerzan su necesidad de delimitar, proteger y controlar lo propio, percibiendo lo externo como potencial fuente de vulnerabilidad y enemigos. Aun así, se presenta una tensión estructural en donde ningún Estado puede operar de forma absolutamente autónoma; incluso para el desarrollo de actividades económicas básicas, la cooperación con otros Estados y actores externos resulta indispensable.

Pese a la desconfianza, la colaboración se vuelve inevitable; esta cooperación no es irrelevante, pues una colaboración efectiva ayuda a la estabilización regional y a mayores niveles de transparencia, elementos fundamentales para evitar el acúmulo de tensiones en un espacio estratégico de expansión. Igualmente, esta cooperación no elimina las diferencias entre los Estados, ya que estos asignan significados y prioridades distintas al Ártico, lo que explica la heterogeneidad de las estrategias estatales desplegadas en la región. A partir de ello, “algunos enfatizan la importancia de la seguridad ambiental, mientras que otros trabajan arduamente para promover el desarrollo económico o los derechos indígenas en la región” (Bergh y Klimenko, 2021, p. 41).

Una forma clara de visualizar estas tensiones es a través de los casos de Canadá y Rusia. Este último país por ejemplo, considera a la región como una fuente de “riqueza futura”, como una especie de reserva estratégica de recursos, rutas y oportunidades que resultan centrales para la proyección económica y política del país. En contraste, para el caso canadiense, esta importancia se articula a través de una construcción discursiva que vincula territorio, identidad y futuro nacional expresada en el lema “nuestro norte, nuestra herencia y nuestro futuro” de 2009 (Garcés de los Fayos, 2012). Aunque anterior al período analizado, esta formulación permite advertir una

continuidad en la manera en la que Canadá integra el Ártico dentro de su narrativa estatal. Ambos enfoques revelan que la región no es tan solo percibida como un espacio físico cubierto de hielo, sino como una fuente de soberanía y del despliegue de estrategias de control territorial.

A partir de lo planteado y desde la perspectiva del realismo ofensivo y de los aportes de numerosos autores, esta investigación busca entender la forma en que los Estados que conforman el sistema internacional actúan en un contexto en el que la seguridad, el poder y el control territorial se convierten en inquietudes centrales de la política exterior. Los Estados tienden a proyectar su control sobre espacios estratégicos como forma de reducir la incertidumbre y asegurar ventajas frente a otros, algo que se vuelve evidente en el Ártico, donde las estrategias orientadas al control responden tanto a condiciones materiales como a percepciones de seguridad y poder.

Capítulo IV: El Ártico como espacio estratégico

El propósito del presente capítulo es delimitar y caracterizar al Ártico como un espacio estratégico de creciente relevancia para la comunidad internacional del siglo XXI. Para ello, se revisan sus principales características geográficas y climáticas, así como las transformaciones derivadas del deshielo y sus implicancias territoriales. También se analiza la dimensión económica y geopolítica de la región, particularmente en relación con la explotación de recursos naturales y la apertura de nuevas rutas de navegación. Finalmente, se aborda la configuración de la gobernanza ártica, considerando los marcos institucionales que regulan la interacción entre los Estados ribereños y otros actores relevantes. Este recorrido permite establecer el contexto estructural dentro del cual se inscriben las estrategias estatales de control territorial desarrolladas en los siguientes capítulos.

Contexto geográfico y ambiental

Ahora bien, antes de avanzar en el desarrollo analítico de la investigación, considero necesario detenerme en un detalle no menor: ¿qué es exactamente el Ártico? Muchas veces lo pensamos de forma simple, como una extensa masa de hielo en el extremo norte del planeta objeto de peleas estatales, pero esta definición resulta insuficiente. El Ártico se trata de un espacio donde lo físico y lo político se mezclan de forma confusa, por lo tanto, definir sus límites no solo es algo cartográfico sino un paso necesario para comprender dónde se posiciona cada actor.

Desde una perspectiva geográfica tradicional, al Ártico se lo define como la “zona del planeta al norte del Círculo Polar Ártico, paralelo que circunscribe el globo en la latitud 66° 33′ 45″ Norte” (Romero Junquera, 2023, p. 54). Bajo esta definición, el Ártico se configura como un océano rodeado por dos masas continentales —Eurasia y América— conectado al océano Pacífico a través del estrecho de Bering y al Atlántico mediante el corredor marítimo entre Groenlandia, Islandia y el norte de Europa (Romero Junquera, 2023).

En términos espaciales, el Ártico comprende la totalidad de las áreas del extremo norte del planeta que de este conjunto, aproximadamente 12,5 millones de km² corresponden a superficie terrestre y alrededor de 15 millones de km² integran al océano Ártico (Colacrai, 1998). Este espacio no constituye un territorio vacío ni carece de presencia humana, sino que alberga aproximadamente 4 millones de habitantes, de los cuales más de la mitad reside en territorio ruso y, de hecho, unas 500.000 personas pertenecen a comunidades indígenas (Romero Junquera, 2023).

Al mismo tiempo, desde el punto de vista político, el Ártico se configura como un espacio internacional fragmentado, en el que diversos Estados ejercen soberanía sobre porciones específicas del territorio. Estos Estados pertenecen a los denominados “Ocho Árticos” —Rusia, Canadá, Noruega, Dinamarca/Groenlandia, Estados Unidos, Finlandia, Islandia y Suecia— de los cuales los

primeros cinco poseen costas directas con aguas árticas y son conocidos como los “Cinco Árticos”. (Aguilera Aranda, 2023; Romero Junquera, 2023).



Fuente: Broek, E., Olczak, N. y Dellmuth, L. (2023).

Finalmente, y a partir de que el cambio climático es un fenómeno que genera efectos concretos y observables, es posible identificar en el Ártico una serie de transformaciones aceleradas vinculadas, entre otros factores, al aumento de las temperaturas y al progresivo deshielo. Tradicionalmente, el Ártico se caracteriza por inviernos largos, fríos y oscuros, y veranos breves y relativamente templados (Colacrai, 1998); sin embargo, el aumento de las temperaturas ha alterado significativamente estas dinámicas físicas. En 2015, la extensión de la capa de hielo alcanzó su nivel más bajo desde 1979 demostrando que las emisiones de gases y la combustión de petróleo generan variaciones en las temperaturas que aceleran el deshielo y liberan espacios previamente inaccesibles, habilitando tanto la extracción de bienes estratégicos como el tránsito de buques por nuevas rutas marítimas (Rivas de Hernández, 2021). Estos procesos han contribuido a reforzar el interés estatal y geopolítico sobre el espacio ártico, al redefinir las formas de gobernanza regional y las lógicas de competencia; en este contexto, para algunos Estados ribereños, el cambio climático y sus consecuencias son percibidos como una amenaza a la seguridad e incluso como una cuestión de supervivencia, lo que impulsa a la reconfiguración de sus objetivos y estrategias orientadas a reducir la incertidumbre.

Recursos estratégicos y rutas marítimas

Para continuar caracterizando al tablero geopolítico, es esencial comprender la magnitud de las oportunidades económicas que yacen en la región, las cuales han adquirido una relevancia creciente a partir de los avances tecnológicos y las innovaciones que han vuelto cada vez más viable el acceso y la explotación de recursos que anteriormente resultaban inaccesibles. En este escenario, el volumen de recursos y de proyecciones comerciales que concentra la región permite explicar por qué numerosos Estados —sean o no ribereños— buscan desempeñar un rol en la región y percibirla como una potencial fuente de poder, tanto económico como político, lo que los impulsa a tomar provecho y reclamar como propios los recursos naturales disponibles, así como el uso y control de las rutas marítimas emergentes.

Se estima que el Ártico concentra una porción significativa de recursos energéticos naturales disponibles y técnicamente listos para explotar, ya que la región alberga aproximadamente 90 mil millones de barriles de petróleo, 1,669 billones de pies cúbicos de gas natural —aproximadamente 47.3 billones de metros cúbicos— y 44 mil millones de barriles de líquidos de gas natural, lo que representa cerca del 22% de las reservas mundiales no descubiertas de gas y petróleo, de las cuales más de un 80% están en el subsuelo oceánico (López 2022; Romero Junquera, 2023). Otro recurso de reciente importancia son los depósitos de tierras raras, que son elementos altamente estratégicos debido a su utilización en industrias clave como la tecnología de defensa, las energías renovables y la electrónica avanzada (Morrison y Tang, 2012 citado en López, 2022). El Ártico se considera el segundo mayor reservorio mundial de tierras raras y se estima que su explotación podría generar más del 80% de los ingresos relacionados a estos recursos (Hall, 2021 citado en López 2022).

Hay que tener en cuenta, que la distribución de todos estos recursos se da de manera desigual, mientras que en zonas como Alaska, Canadá, Groenlandia y países nórdicos los yacimientos aparecen de forma más fragmentada o de difícil acceso (Ilustre Colegio Oficial de Geólogos, 2024), una parte importante de los recursos se encuentra bajo jurisdicción rusa lo que la posiciona como el actor central de la región al ser la que más se podría beneficiar de los recursos, particularmente si optimiza su desarrollo tecnológico y su capacidad de explotación.

En cuanto a las rutas marítimas podemos destacar como las más relevantes las tres siguientes: La Ruta Marítima del Norte, el Paso del Noroeste y la Ruta Transpolar.

En cuanto a la primera, esta es considerada la primera ruta comercial del Ártico y se desarrolla a lo largo de la costa rusa, dentro de la Zona Económica Exclusiva de la Federación Rusa, transitando desde el Mar de Kara hasta el estrecho de Bering (López, 2023). Si bien su navegabilidad se encuentra limitada a pocos meses al año (Torús, 2021, p. 36), el interés sobre esta ruta ha

incrementado en los últimos años. Este creciente interés se explica, principalmente, porque la NSR reduce significativamente el tiempo de navegación en comparación con la Ruta del Sur que conecta el noroeste asiático con Europa a través del océano Índico y el Canal de Suez (Bekkers et al., 2018 citado en López, 2022), al mismo tiempo que se proyecta que en los próximos años, la misma pueda ser utilizada durante más meses al año. Si bien la ruta actualmente es la más navegable de las tres, su funcionamiento regular trae consigo una cantidad de desafíos importantes, como la reconfiguración de las inversiones destinadas a la inversión destinada a la región, sobre todo aquellas con el objetivo de mejorar la capacidad logística y la infraestructura portuaria, para que la ruta se logre consolidar como un corredor estable.

En segundo lugar, el Paso del Noreste transita a través del archipiélago ártico canadiense y el norte de Alaska y, contrario a la anterior, se destaca por la dificultad de navegación lo que limita su proyección como ruta comercial y reduce su viabilidad (Palacián de Inza, 2010). Otro factor que alimenta a esta situación es la imprevisibilidad del hielo en el archipiélago canadiense ya que varía drásticamente año a año dificultando cualquier planificación y ejecución de operaciones marítimas de superficie (López, 2023). Además, este paso se caracteriza por ser la ruta más angosta y por presentar aguas más restringidas y peligrosas de navegación (Romero Junquera, 2023) parte de la razón por la cual su uso es muy limitado además de la falta de puertos e infraestructura de apoyo para soportar el crecimiento del tráfico comercial (Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, 2018; Orstreng et al., 2013 citado en López 2022).

Por último la Ruta Transpolar, que discurre por aguas abiertas próximas al polo norte, lo que permite evitar estrechos, zonas económicas exclusivas y aguas relativamente pocas profundas, a diferencia de las rutas anteriores (Aláez, 2023 citado en Romero Junquera, 2023). No obstante, esta ruta no resulta viable en un futuro cercano, debido a la presencia de capas de hielo gruesas presentes en el Ártico central. Si bien, algunos estudios estiman que la ruta podría llegar a estar abierta permanentemente a partir del año 2065 (López, 2022; Romero Junquera, 2023), hoy en día no se la considera una ruta comercial factible, aunque esta postura podría modificarse a medida que avance el cambio climático.

Gobernanza regional

Una vez delimitado el espacio geográfico y revisadas las dinámicas estratégicas que en él convergen, queda claro por qué el Ártico es una prioridad para los Estados involucrados. La coexistencia en la región de múltiples Estados con valores e intereses divergentes, sumada al atractivo conjunto de las riquezas que el Ártico tiene para ofrecer, plantea una pregunta central: ¿cómo es posible regular un espacio de semejante relevancia estratégica sin que ello derive en un escenario permanente de confrontación y enemistad entre los Estados?

Desde el fin de la Guerra Fría, el Ártico ha sido caracterizado como una región en donde las tensiones estaban reguladas, en gran medida, por los compromisos asumidos por los Estados árticos para preservar la estabilidad y evitar la militarización abierta del espacio. Estos compromisos se tradujeron en la construcción de mecanismos de gobernanza que fueron progresivamente desplazando el enfoque tradicional de seguridad dispuestos a adoptar mecanismos orientados a comunidades originarias árticas, desarrollo sostenible y protección ambiental (Klimenko, 2019).

Este plan continúa y se profundiza hasta finalizar en 1996 con el establecimiento del Consejo Ártico como un foro intergubernamental de alto nivel que “promueve la cooperación, la coordinación y la interacción entre los Estados del Ártico... en temas comunes del Ártico, en particular el desarrollo sostenible y protección del medio ambiente” (Arctic Council, s.f) excluyendo explícitamente las cuestiones vinculadas a la seguridad militar y a la defensa, sin poner en cuestión de forma directa las aspiraciones soberanas ni estrategias de control territorial.

El Consejo no opera como un mecanismo de resolución de disputas territoriales, sino como una herramienta que encuadra la competencia interestatal dentro de márgenes institucionales aceptables, contribuyendo a reducir el riesgo de escalamiento del conflicto. Su estructura, basada en la toma de decisiones por consenso, refuerza este carácter no confrontativo y de cooperación transfronteriza y ha permitido avanzar en la adopción de tres acuerdos jurídicamente vinculantes orientados a tratar los desafíos comunes, particularmente en materia de búsqueda y rescate aeronáutico y marítimo, prevención y respuesta ante la contaminación marina de hidrocarburos y cooperación científica (Arctic Council, s.f.).

Esta capacidad de cooperación institucional se encuentra vinculada a la propia composición del Consejo, integrado por los ocho Estados árticos con capacidad decisoria, organizaciones representativas de los pueblos indígenas en calidad de participantes permanentes y un conjunto de actores observadores sin poder de voto (Dodds, 2021). Esta forma de estructurarse invita a visibilizar a las comunidades indígenas y sus preocupaciones vinculadas al territorio y sus formas de vida; sin embargo, esta inclusión se ve limitada cuando las discusiones incluyen cuestiones de seguridad, soberanía y control de fronteras, temas que parecen quedar reservados únicamente a los Estados (Klimenko, 2019) a pesar de que técnicamente estos grupos son los que tienen un conocimiento único del Ártico.

Si bien, se ha avanzado en la construcción de canales de diálogo directo entre los dos, así como la posibilidad de incorporarlo a plataformas regionales, sus voces rara vez ganan un peso significativo en los debates estratégicos centrales; evidenciando entonces, que la estructura propia del Consejo refleja una gobernanza regional que se reduce a una jerarquía decisoria centrada en los Estados. En este marco, adquieren gran relevancia los espacios paralelos de representación indígena, como por ejemplo el Consejo Circumpolar Inuit, que se define a sí mismo como las “voces unidas del Ártico” (Inuit Circumpolar Council, s.f) y que opera como una alternativa para la

articulación de demandas, visibilizar problemáticas y promover derechos e intereses a nivel internacional en particular en relación con la autodeterminación, sostenibilidad y legitimidad.

La gobernanza regional del Ártico aparece como un esquema funcional para canalizar y encuadrar la cooperación y reducir tensiones. Así, surge la pregunta sobre cómo los actores materializan sus aspiraciones soberanas: ¿qué acciones y mecanismos implementan Canadá y Rusia para consolidar su control sobre el espacio ártico? Para responderla, la investigación analizará las acciones de ambos países entre 2015 y 2020, organizadas en tres dimensiones analíticas clave: la infraestructura, la presencia militar y la dimensión discursiva, las cuales permitirán comprender cómo se construye y sostiene el control sobre el espacio en dicho período.

Capítulo V: Rusia y la estrategia militar-discursiva en el Ártico

Durante el período 2015 a 2020, el accionar ruso se centró en dos pilares estratégicos que responden a una necesidad de seguridad y a una ambición de estatus. En primera instancia, Moscú adoptó una lógica defensiva ante lo que percibe como una amenaza inminente: la expansión de la OTAN hacia su entorno estratégico. Esta visión se ve agravada por el hecho de que cinco de los ocho miembros del Consejo Ártico integran dicha alianza, lo que lleva al Kremlin a interpretar la región no como un espacio de cooperación, sino como un escenario de competencia estructural entre actores antagónicos. Bajo esta percepción de vulnerabilidad —agudizada por el aislamiento internacional tras la anexión de Crimea en 2014—, el Estado impulsó una estrategia orientada a robustecer sus capacidades materiales, buscando así mitigar su desventaja relativa en el área.

De manera complementaria, este despliegue responde a una estrategia de control soberano, donde el Ártico trasciende su valor geográfico para constituirse como un activo estratégico fundamental de Rusia en su búsqueda por recuperar el estatus de gran potencia. Más allá de la disuasión, Moscú busca consolidar su hegemonía regional mediante la proyección de las capacidades materiales y simbólicas que vinculan la seguridad nacional con un aprovechamiento integral del territorio. En sí, representa una oportunidad multidimensional: mientras que en el plano económico, la región concentra las mayores reservas de gas natural, petróleo y minerales estratégicos, otorgándole además el control sobre la Ruta Marítima del Norte; en el plano político, el aprovechamiento integral de estos recursos busca posicionar al país como una superpotencia energética con capacidad de influencia sobre los mercados internacionales y como actor preponderante y decisor clave en el tablero geopolítico del Ártico.

Es fundamental considerar que el período estuvo marcado por una profunda inestabilidad sistémica, lo que obligó al país a una constante reevaluación de las estrategias internacionales. El desarrollo de capacidades y la creación de mecanismos de control en el Ártico no responden a una lógica de resultados inmediatos, sino que se inscriben en un horizonte temporal de largo plazo. Consecuentemente, la búsqueda de la primacía regional responde también a una necesidad de prestigio internacional y señalización estratégica, de modo que las acciones rusas no deben entenderse únicamente como medidas administrativas, sino como un esfuerzo deliberado por proyectar ante la comunidad global una imagen de control efectivo. Así, el Ártico funciona como una plataforma de validación de estatus bajo la doctrina de la disuasión creíble: partiendo del principio de que la disuasión solo es efectiva si los actores competidores perciben una determinación inquebrantable, Moscú busca comunicar que posee tanto las capacidades materiales como la voluntad política para defender sus intereses.

Aunque esta introducción anticipa ciertas conclusiones, resulta fundamental establecer estas premisas conceptuales para otorgar coherencia al análisis y así evitar una interpretación aislada de las acciones rusas en el Ártico; comprendiéndolas, en cambio, como parte de una estrategia integral cuya proyección repercute en el equilibrio del resto del mundo.

A partir de 2015, la narrativa oficial del Kremlin se articuló sobre una paradoja marcada por la promoción del Ártico como un espacio excepcional de paz, estabilidad y cooperación internacional frente a una realidad geopolítica crecientemente hostil (Cherpako, 2020; Putin, 2017). Este posicionamiento diplomático no fue casual, sino una respuesta necesaria al aislamiento derivado de la anexión de Crimea en 2014, un hito que transformó la observación de la comunidad ártica en una barrera de desconfianza sistémica. En este complejo escenario, Rusia adoptó una postura de ambivalencia estratégica en la que, mientras el discurso público enfatizaba el diálogo multi-actor, la acción política justificaba un robustecimiento militar inédito. Lejos de interpretarse como una voluntad ofensiva, esta militarización se presentó bajo una lógica de preparación pragmática ante contingencias externas (Kluge y Paul, 2020), consolidando una doctrina de disuasión que busca, en última instancia, blindar el teatro ártico y asegurar que cualquier foco de inestabilidad global se mantenga al margen de sus fronteras.

Sin dudas, se hace evidente una doble lógica comunicacional en la que Moscú proyecta hacia el exterior una imagen de estabilidad para evitar una escalada de tensiones que pondría en riesgo sus intereses, reconociendo que una confrontación directa bajo las condiciones actuales resultaría desfavorable. Simultáneamente, el Kremlin instrumenta este discurso hacia su frente interno, amparándose en la necesidad imperativa de garantizar la seguridad nacional y la integridad territorial. De este modo, se refuerza una narrativa de resiliencia y excepcionalismo en el Ártico que busca consolidar la cohesión social, transformando el control de la región en un pilar de legitimidad política doméstica.

No obstante, esta retórica de paz y cooperación experimentó un cambio significativo en 2018 cuando el Ministro de Defensa, Serguéi Shoigú, reconoció explícitamente una realidad antes eludida: el Ártico se ha transformado en un espacio donde convergen y colisionan los intereses territoriales, de recursos y estratégico-militares de diversos Estados (Cherpako, 2020). Bajo esta premisa, se planteó que la competencia por dichos intereses constituye una fuente potencial de conflicto. Si bien no se declara una confrontación cercana, el discurso sugiere que, ante una eventual escalada, Rusia posee las capacidades necesarias para intervenir con firmeza, reflejando una visión del sistema internacional donde los Estados actúan como actores racionales que buscan maximizar su posición de poder; una dinámica de realismo político que resulta especialmente evidente en la política exterior rusa.

Al observar cómo Rusia consolidó su control efectivo durante el quinquenio, la Ruta Marítima del Norte emerge como el proyecto central de la estrategia, constituyéndose en el pilar fundamental que sostiene la totalidad de las operaciones en la región. Tal como se mencionó en el capítulo anterior, la NSR trasciende su función logística para posicionarse como una alternativa de alto impacto capaz de reducir significativamente los tiempos de transporte entre Asia y Europa, desafiando de manera directa la hegemonía del canal de Suez y alterando las dinámicas del

comercio global. En este sentido, el desarrollo de la NSR se ha integrado plenamente en la agenda estatal como el instrumento predilecto para alcanzar objetivos económicos y geopolíticos simultáneos, transformando el dominio de las aguas árticas en un activo estratégico de primer orden para el Kremlin

Esta visión estratégica se manifestó con nitidez en las declaraciones del presidente Vladímir Putin durante su expedición al archipiélago de la Tierra de Francisco José en 2017, donde enfatizó el imperativo de robustecer la posición de Rusia en el escenario internacional mediante el aseguramiento de sus intereses económicos más críticos. Bajo esta lógica, el Ártico no solo se perfila como el principal motor de crecimiento para la Federación Rusa en el siglo XXI, sino que se proyecta como el garante fundamental de la soberanía energética, considerando que sus yacimientos prometen sustentar la producción de gas natural por muchas décadas más (Euronews (en español), 2017). Ante un escenario que garantiza la prosperidad nacional a tan largo plazo, el control efectivo de la región deja de ser una opción política para transformarse en un imperativo existencial destinado a asegurar el futuro y la relevancia de la nación en el sistema global

En relación con lo planteado anteriormente, durante los primeros años del período analizado prevaleció la expectativa de que la Ruta Marítima del Norte se consolidaría de manera inmediata como una vía internacional plenamente operativa bajo el supuesto de que el resto de los actores globales la adoptarían con entusiasmo debido a la reducción de costos y tiempos logísticos. No obstante, la realidad geopolítica y ambiental impuso la necesidad de ajustar estos objetivos iniciales a las verdaderas capacidades técnicas y climáticas de la región, revelando que el desarrollo de esta vía trasciende su rentabilidad económica para funcionar como un mecanismo de exhibición de primacía donde Rusia establece las reglas de tránsito y consolida el control soberano sobre sus fronteras septentrionales. Para materializar esta estrategia, el Kremlin fijó metas sumamente ambiciosas que proyectaban un flujo de mercancías de 80 millones de toneladas (Kluge y Paul, 2020), un horizonte que ha sido cuestionado por su carácter poco realista en el corto plazo dado que, en la práctica, la vía no opera aún como un pasaje comercial internacional integrado, sino que mantiene un perfil predominantemente doméstico orientado al transporte de suministros militares y a la logística interna de la Federación.

Más allá de las limitaciones operativas señaladas, resulta innegable el registro de un crecimiento exponencial en la actividad logística de la región, evidenciado por un salto significativo en el volumen de carga transportada que evolucionó de apenas 4 millones de toneladas en 2014 a 31,5 millones de toneladas anuales hacia el final del período (Russian Federation, 2020/2023). Este incremento sustancial refleja un esfuerzo estatal sostenido por dinamizar el teatro ártico a través de la inversión en infraestructura y seguridad; no obstante, la solidez de estas cifras positivas no logra ocultar el desfase considerable que aún persiste entre la realidad operativa de la ruta y las aspiraciones geopolíticas de largo plazo del Kremlin. La visión de Vladímir Putin para la región polar requiere de una densidad de infraestructura y una demanda internacional de tránsito que, en la

práctica, se encuentran todavía en una fase de maduración, sujeta tanto a las condiciones climáticas extremas como a la evolución del contexto diplomático global.

Al margen de las métricas de carga, el control de la Ruta Marítima del Norte durante el período 2015-2020 trascendió la mera logística para consolidarse mediante un blindaje jurídico diseñado específicamente para ratificar la jurisdicción rusa frente a la comunidad internacional. Bajo esta lógica, el Kremlin rechaza la noción de la NSR como una vía de tránsito neutral, defendiendo en su lugar una naturaleza jurídica de 'vía de transporte nacional histórica' que otorga al Estado facultades regulatorias exclusivas sobre las aguas árticas. Esta interpretación se contrapone frontalmente a la visión de las potencias occidentales, quienes, basándose en el derecho internacional, definen la ruta como un pasaje sujeto al régimen de paso inocente (Conley y Rohloff, 2015). En última instancia, esta discrepancia conceptual constituye el núcleo de una disputa política profunda donde Rusia instrumentaliza el derecho interno para dictar las reglas de un espacio que el orden internacional pretende clasificar como global, transformando la normativa legal en una herramienta de proyección de poder soberano.

Para operativizar este control, el Kremlin fortaleció un marco legislativo que exige a cualquier buque extranjero solicitar permisos con antelación, aceptar el pilotaje ruso y, en muchos casos, el acompañamiento obligatorio de su flota de rompehielos, medidas que trascienden el mero trámite administrativo para funcionar como mecanismos de afirmación de soberanía que obligan a los actores internacionales a reconocer, de facto, la autoridad de Moscú sobre estas aguas. Esta arquitectura normativa se ve reforzada por la centralización de la gestión de la NSR en la corporación estatal Rosatom, cuya autoridad sobre la infraestructura y los puertos marítimos permite al Estado fusionar los objetivos de seguridad nacional con el desarrollo económico estratégico (Moe, 2020). Bajo esta lógica, la relevancia comercial de la vía se ve bajo un imperativo de seguridad ante el incremento de las actividades militares de la OTAN, que al mismo tiempo impulsa a Rusia a priorizar el desarrollo de puntos clave con capacidades de doble uso, transformando la infraestructura de transporte en una herramienta de control estratégico (Sergunin y Gjörv, 2020). Al fin y al cabo, pareciera que este despliegue de infraestructura de doble uso termina siendo la pieza que une todo, ya que no solo asegura que los territorios del norte se mantengan conectados con el resto de Rusia, sino que también deja a la Flota del Norte lista para operar en una estrategia que mezcla lo puramente militar con la seguridad marítima y el control de las fronteras.

Aun así, esta gestión ha chocado de frente con la postura de Estados Unidos, quienes se apoyan en la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM) para defender la libertad de navegación y proponer que el Ártico sea visto como un 'bien común mundial' donde Rusia no debería tener una posición de privilegio. Esta diferencia de visiones deja de ser un simple debate legal para transformarse en un foco de tensión geopolítica muy real, donde cualquier intento de internacionalizar la ruta es leído por la Federación como una especie de invasión extranjera sobre sus derechos, lo que termina por acelerar la modernización militar y el refuerzo de la defensa aérea en puntos estratégicos (Sergunin y Gjörv, 2020).

Visto así, la estrategia rusa en este período termina planteando una dualidad geopolítica basada en la convicción de que solo a través de un control estatal asfixiante y un robustecimiento masivo de la infraestructura, la NSR podrá ser percibida algún día como un pasaje internacional confiable. Al invertir en capacidades de búsqueda y rescate (SAR), bases militares y una modernización portuaria sin precedentes, el Kremlin busca reducir la incertidumbre logística para atraer la demanda global, partiendo de una premisa casi existencial: en el Ártico, lo único verdaderamente inalterable son el clima y las condiciones extremas del entorno. Esta visión sugiere que, para Moscú, cualquier otro factor —ya sea jurídico, político o técnico— es una variable susceptible de ser transformada o controlada por la pura voluntad del Estado. Asimismo, este proceso de internacionalización queda totalmente condicionado a la aceptación del ordenamiento jurídico ruso, lo que revela la verdadera aspiración de fondo: que la ruta sea un corredor global en su uso, pero estrictamente doméstico en su control. Así, la infraestructura de seguridad no solo protege la navegación, sino que funciona como la evidencia física de una hegemonía que busca transformar una ambición política en una realidad geográfica inalterable.

Para que el blindaje jurídico de la NSR sea verdaderamente efectivo, Rusia desplegó un ambicioso plan de infraestructura que actúa como el soporte material indispensable de su pretensión soberana. Esta base física no solo busca facilitar el comercio, sino garantizar que ninguna entidad extranjera pueda operar en la región sin la asistencia o el consentimiento técnico de Moscú. En este sentido, la infraestructura durante 2015-2020 se articuló como la traducción física de su voluntad política de control.

En última instancia, el pilar que sostiene toda esta arquitectura de control es el monopolio sobre la capacidad de rotura de hielo, una ventaja estratégica que Rusia reafirmó durante este período mediante una carrera tecnológica de vanguardia. Esta hegemonía comenzó a materializarse en 2016 con la presentación del primer modelo de una nueva generación de rompehielos nucleares, el más avanzado hasta ese momento (Sergunin y Gjörv, 2020), un proceso de modernización que alcanzó su punto máximo en 2020 con la entrada en servicio operativo del Arktika. Al ser el rompehielos nuclear más grande y poderoso del mundo, esta unidad no solo representa una herramienta logística, sino un símbolo de poder que transforma la infraestructura en un mecanismo de control político directo. Dado que las condiciones climáticas extremas del Ártico vuelven casi imposible la navegación autónoma, la dependencia inevitable de esta renovada flota rusa termina por obligar a los actores internacionales a someterse a la autoridad operativa de Moscú, validando en la práctica su jurisdicción sobre la ruta.

En paralelo a la seguridad en la navegación, Rusia priorizó durante este quinquenio la conectividad y el control del flujo de información como herramientas para eliminar los 'puntos ciegos' del Ártico, un esfuerzo que alcanzó un hito fundamental en 2018 con el desarrollo del proyecto de fibra óptica transpolar diseñado para unir las bases militares y los puntos logísticos a lo largo de su extensa costa septentrional (Boulègue, 2019). Más allá de la simple comunicación, esta infraestructura garantiza un monitoreo constante sobre el tráfico de la NSR, transformando la región

de un espacio históricamente remoto e inaccesible en un teatro de operaciones vigilado donde la capacidad de asistencia logística y de Búsqueda y Rescate se integra plenamente con una estructura de supervisión estatal permanente. De este modo, la provisión de auxilio técnico y el ejercicio de la autoridad de control se vuelven dimensiones inseparables de una misma estrategia de dominio, asegurando que cualquier movimiento en las aguas árticas sea detectado y gestionado bajo los términos de la seguridad nacional rusa.

Hacia 2017 se registró una estabilización en el ritmo de ciertas inversiones de capital, motivada principalmente por la culminación de la fase intensiva de restauración y modernización de las antiguas bases militares soviéticas que habían permanecido inactivas. Una vez aseguradas las posiciones defensivas clave en el teatro ártico, el enfoque estatal mutó desde la construcción de nuevas instalaciones hacia una etapa de optimización operativa y fortalecimiento del control administrativo (Boulègue, 2019). Este despliegue material no solo actúa como el soporte físico que sostiene la economía regional, sino que proyecta hacia la comunidad internacional una capacidad técnica y logística única para administrar el entorno hostil del Norte, consolidando la percepción global de que la Ruta Marítima del Norte ha dejado de ser una aspiración para convertirse en una realidad bajo el mando efectivo y soberano de Moscú.

Lejos de significar un cese en la actividad de defensa, esta estabilización en la infraestructura de bases hacia 2017 marcó el inicio de una fase de militarización progresiva y altamente especializada. Una vez asegurada la plataforma física básica, el Kremlin priorizó el desarrollo de capacidades disruptivas diseñadas específicamente para contrarrestar la presencia de la OTAN en el Alto Norte, dejando claro que el objetivo ya no consistía simplemente en recuperar la presencia perdida tras la Guerra Fría, sino en dominar el entorno mediante tecnología optimizada para condiciones extremas. En este sentido, la estrategia rusa buscó asegurar una ventaja táctica decisiva en un teatro de operaciones donde, más allá de los misiles y los radares, el clima actúa como el principal aliado estratégico de Moscú, convirtiendo la hostilidad del entorno en una barrera defensiva natural que sólo sus fuerzas están plenamente capacitadas para gestionar.

Entre 2015 y 2020, esta transición hacia una capacidad defensiva de 'nueva generación' se manifestó concretamente en el despliegue de sistemas de armamento avanzado diseñados para operar bajo temperaturas extremas, esfuerzo cuya magnitud queda evidenciada en la evolución del arsenal regional. De acuerdo con los registros oficiales de la Estrategia para el Desarrollo de la Zona Ártica, hacia el año 2019 la proporción de armamento moderno y equipo militarizado en la región alcanzó un notable 59%, lo que representa un salto fundamental respecto al 41% registrado apenas cinco años antes (Russian Federation, 2020/2023). Este incremento no solo refleja una aceleración en el ritmo de renovación técnica, sino que consolida la transformación del Ártico en un bastión militar de alta tecnología donde la superioridad operativa de Rusia se sustenta en una base material renovada y específicamente adaptada a la hostilidad del entorno polar.

Este salto en las cifras no es simplemente una acumulación de armas y tropas; es, en realidad, un mensaje directo al resto de los actores globales. Al diseñar y desplegar un arsenal que

parece hecho a medida para el frío extremo —donde otros equipos fallarían—, Moscú establece una línea roja tecnológica, proyectando una ventaja operativa que ningún otro Estado tiene. En última instancia, esta militarización tecnológica constituye el soporte indispensable de sus ambiciones económicas, ya que, mientras Rusia abre las puertas a la inversión extranjera a través del desarrollo de su infraestructura civil, sus renovadas capacidades militares operan como un recordatorio constante de que dicha apertura permanece estrictamente sujeta a un control soberano innegociable. En este sentido, el mensaje de Moscú es claro al demostrar que posee la voluntad política de consolidarse como la potencia dominante en toda la región ártica y ha desarrollado las herramientas materiales para que su soberanía sea un hecho indiscutible, respaldado tanto por la superioridad técnica de su flota de rompehielos como por la determinación estratégica de sus sistemas de defensa avanzada, transformando así esta zona en un espacio donde la prosperidad económica y la seguridad nacional resultan dimensiones absolutamente inseparables.

Sin embargo, la efectividad real de este arsenal depende de una agilidad logística que le otorgue un sentido operativo tangible, una capacidad que la administración de Putin demostró de forma disruptiva durante este período al transformar la percepción de Rusia de un gigante estático en la de un actor capaz de movilizar fuerzas y equipos pesados en tiempos mínimos a través del desierto de hielo. No obstante, esta exhibición de fuerza encierra una paradoja estratégica fundamental, ya que la naturaleza de la inversión sugiere que la postura rusa en la región es, en esencia, 'más oídos que músculo' (Boulègue, 2019). Bajo esta premisa, el objetivo primordial del Kremlin no sería la proyección de una fuerza ofensiva hacia el exterior, sino el perfeccionamiento de una capacidad de monitoreo y vigilancia absoluta que garantice la invulnerabilidad de su dominio, convirtiendo el control de la información y la detección temprana en los verdaderos pilares de su soberanía ártica.

En concordancia con esta red de vigilancia, un elemento central fue la consolidación de la autosuficiencia de sus tropas. Hacia 2018, el personal militar desplegado en las bases de alta latitud había alcanzado un nivel de preparación que les permitía no solo operar, sino convivir de forma autónoma con las condiciones extremas del clima ártico (Boulègue y Pindják, 2023). Esta capacidad de supervivencia y operatividad independiente funciona como un mecanismo de exclusión: al demostrar que su ejército es capaz de mantener una presencia humana efectiva y prolongada sin apoyo externo, Rusia altera el equilibrio de fuerzas. Para la comunidad internacional, esta autonomía es una señal de que Moscú reclama el territorio en los mapas y que posee la adaptabilidad ambiental-técnica para ocuparlo permanentemente, obligando a los demás Estados a reconocer que cualquier interacción ocurre bajo el dominio de un actor que ya ha dominado el entorno.

Este dominio del entorno se ha validado mediante un retorno a la complejidad operativa. Desde 2015, los ejercicios militares rusos se retomaron y variaron desde las tareas rutinarias de mantenimiento para transformarse en simulacros de combate a gran escala (Boulègue, 2019). Al coordinar sistemas de defensa costeras y maniobras de intercepción en climas hostiles, Rusia comunica una determinación política inquebrantable que trasciende el “simple” entrenamiento militar

para representar la consolidación de que su frontera ártica ya no es una línea pasiva en el mapa, sino un espacio defendido donde el Estado posee la iniciativa absoluta y la capacidad de intervenir con firmeza para proteger los activos que garantizan su estatus de potencia.

A la par de estos ejercicios, se suma una dimensión de militarización tecnológica de vanguardia en la cual, por ejemplo, el despliegue de un escudo radioelectrónico juega un rol fundamental porque opera como una herramienta de exclusión estratégica (Cherpako, 2020). Al neutralizar radares y comunicaciones extranjeras, Rusia busca defenderse y alterar el equilibrio de fuerzas en el Ártico, limitando la libertad de maniobra de otros actores. Para la comunidad internacional, este despliegue podría interpretarse como un esfuerzo por imponer una asimetría táctica; al gestionar la visibilidad y conectividad sobre la NSR, Moscú establece un control técnico que le permite condicionar el conocimiento del entorno de terceros, asegurando que su primacía operativa obligue a los demás Estados a interactuar bajo sus propios términos.

Resulta evidente que la prueba para este esquema llegó en el año 2020 bajo un escenario de disrupción absoluta que desarticuló la operatividad de los Estados. Mientras la mayoría de las potencias mundiales se vieron obligadas a reducir su actividad y replegar sus capacidades logísticas, el despliegue ruso en el Ártico sostuvo su ritmo. Gracias a la estructura de bases autónomas y a un control riguroso de la situación sanitaria en las guarniciones de alta latitud —que experimentaron un impacto significativamente menor que el resto del mundo—, el Kremlin pudo garantizar la continuidad de sus operaciones (Pindják, 2020). Esta resiliencia operativa no fue casual, sino una prueba de fuerza: al seguir explotando recursos y ejecutando maniobras militares en medio de una emergencia sanitaria global, Rusia envió un mensaje de superioridad ininterrumpida. En un contexto de vulnerabilidad internacional, la capacidad rusa para sostener su despliegue sin fisuras funcionó como una validación de su hegemonía regional, demostrando que su control del Ártico es una constante geopolítica que no se ve alterada ni siquiera por crisis globales.

Toda esta capacidad de respuesta proviene del principio fundamental de priorizar la defensa nacional frente a cualquier posibilidad de incursión extranjera, entendiendo que, para Moscú, la militarización no constituye un fin en sí mismo, sino el medio indispensable para que su amenaza sea percibida como una realidad creíble. En la arquitectura del poder ruso, una postura defensiva solo adquiere un carácter disuasorio si el adversario está convencido de que el costo de entrada es inasumible; por ello, al saturar el Ártico con capacidades de combate avanzadas, Rusia busca anular cualquier intento de equilibrio de poder, asegurando que el control de la región no sea objeto de negociación, sino un hecho dado. De esta manera, la soberanía trasciende su concepción como concepto abstracto para convertirse en la justificación moral del despliegue, siendo interpretada por el Kremlin no bajo los estándares estáticos de los tratados internacionales, sino como una capacidad dinámica de exclusión. Al observar la gestión de fronteras de otros Estados, Rusia ha articulado una visión propia de la soberanía basada en el control sobre la percepción externa, transformando la frontera de una línea cartográfica en un espacio de incertidumbre calculada donde la opacidad militar disuade a cualquier competidor de poner a prueba la resistencia operativa de la Federación.

Dicho control se sustenta, esencialmente, en un manejo gestión de la percepción donde, al proyectar una imagen de fuerza ininterrumpida incluso en los momentos de mayor crisis global, Rusia busca que la comunidad internacional internalice su hegemonía como una realidad geográfica inalterable. Bajo esta lógica, el control ya no se ejerce únicamente a través de la presencia física, sino mediante una superioridad informativa en la que el Estado protege su territorio y sus verdaderas intenciones y capacidades operativas. En un sistema global donde la transparencia aparenta ser la norma institucional, Rusia utiliza su ambigüedad militar para ratificar que el Ártico es un dominio estrictamente doméstico, transformando la falta de información en una herramienta de disuasión que obliga a los demás actores a moverse con cautela ante un poder que se muestra presente, pero que permanece deliberadamente ilegible.

Esta imponente arquitectura de control no se encuentra exenta de vulnerabilidades estructurales, ya que la lógica estratégica de Moscú en las altas latitudes aparece impulsada por una codicia energética que trasciende lo meramente comercial para convertirse en una necesidad imperativa de extraer y exportar recursos que sostengan el peso de la Federación en un sistema global que la presiona (Business Index North, 2024). Bajo esta perspectiva, el Ártico ha dejado de ser una frontera geográfica remota para transformarse en el punto vital de la economía rusa, encontrando su hito definitivo en la inauguración del proyecto Yamal LNG en 2017, un evento donde la presencia de Vladímir Putin simbolizó mucho más que una simple apertura industrial. Aquella ceremonia funcionó como la prueba material de que Rusia posee la capacidad técnica para erigir ciudades industriales en el corazón de la zona polar, marcando el paso más ambicioso en el desarrollo ártico contemporáneo y proyectando una visión de futuro donde el Kremlin no solo habita la región, sino que se expande sobre ella de manera irreversible durante el próximo siglo.

Al priorizar sistemáticamente el beneficio económico y la rentabilidad soberana por encima de los marcos regulatorios internacionales, Rusia ha terminado por imponer un régimen donde el tránsito por la ruta no se percibe como un derecho de libre paso, sino como una concesión discrecional del Estado supeditada a sus propios intereses. Esta postura evidencia una contradicción estructural profunda, ya que, mientras la diplomacia rusa promociona la NSR como un motor de estabilidad global, su despliegue militar opera bajo una lógica de pre-conflicto que sugiere una preparación constante para un escenario de confrontación que el propio Kremlin parece anticipar. Así, la cooperación internacional solo resulta admisible si se subordina estrictamente al control doméstico de Moscú, transformando la infraestructura industrial de Yamal en algo que trasciende su función productiva; se convierte, ante todo, en un activo estratégico vital cuya protección justifica la densidad de misiles y el escudo radioelectrónico que la rodean, consolidando la idea de que en el Ártico la economía y la guerra son dos caras de la misma moneda soberana.

Finalmente, este modelo de dominio territorial absoluto encuentra un límite crítico en las tensiones sociales internas, donde la forma en que el Estado proyecta su poder hacia el exterior contrasta drásticamente con la percepción de las poblaciones locales y comunidades indígenas. Para estos habitantes, el despliegue de megaproyectos y bases militares no siempre se traduce en

progreso, sino que a menudo es identificado como una erosión sistemática de su autonomía y una amenaza directa a su seguridad humana (Kluge y Paul, 2020). A través de este esquema de control, el Kremlin termina subordinando los derechos ancestrales y la integridad del ecosistema a los imperativos de la seguridad estratégica del Estado, revelando la verdadera paradoja del Ártico ruso: su mayor fortaleza —esa capacidad de imponer una voluntad militar sobre el hielo— constituye también su mayor debilidad estructural. Se trata de una hegemonía construida sobre la exclusión, donde la invisibilización de las poblaciones locales en favor de los activos de defensa termina por fracturar el propio tejido social que la retórica oficial pretende proteger, lo que pone en duda la sostenibilidad a largo plazo de un control que prioriza el mapa sobre la gente.

Más allá de los datos técnicos, considero que el período 2015-2020 revela un cambio de paradigma profundo en el que Rusia ha dejado de tratar al Ártico como una periferia remota para convertirlo en el eje gravitacional de su identidad nacional, consolidando una arquitectura donde la geografía, la tecnología y la voluntad política se fusionan en una red diseñada para proyectar un control que el Kremlin pretende volver inevitable. En este escenario de alta complejidad, resulta inevitable traer a colación una frase de la serie *House of Cards* (2013) que plantea que 'el poder se parece mucho a los bienes raíces; todo depende de la ubicación, ubicación, ubicación', una lógica que la administración de Putin ha asimilado al comprender que el dominio de la última frontera otorga una ventaja competitiva que trasciende lo estrictamente militar. No se trata únicamente del despliegue de misiles, sino de la ocupación efectiva y soberana de una posición geográfica que el resto del mundo se verá inevitablemente obligado a transitar; al blindar esta 'ubicación' mediante una opacidad estratégica y un monopolio tecnológico, Moscú ha logrado transformar un activo físico en una herramienta de coacción geopolítica.

Este modelo de control y militarización acelerada representa solo una de las caras de la moneda polar, evidenciando una estrategia que sintetiza el orgullo histórico con una desconfianza sistemática hacia el orden internacional. Sin embargo, deja abierta una interrogante fundamental sobre si esta es la única forma posible de gestionar la geografía ártica. Para obtener una visión integral de las dinámicas de poder en el siglo XXI, resulta imperativo contrastar esta realidad con el otro extremo del polo; por esta razón, el siguiente apartado se propone analizar el caso de Canadá, buscando desentrañar si existen modelos alternativos de soberanía o si la geografía impone, de manera universal, una lógica de seguridad similar.

Capítulo VI: Canadá y la revalorización del Ártico

Siendo el segundo país con mayor extensión en la región, Canadá —también— ha posicionado este territorio como una pieza clave de su proyecto estatal a largo plazo. Desde la llegada al poder de Justin Trudeau en 2015, se evidencia una reconfiguración en la evaluación estratégica del Norte, impactando tanto en la política interna como en su proyección ante los demás Estados árticos. Esta reconfiguración se fundamenta en una agenda de reconexión con el Ártico con el fin de lograr consolidar una identidad nacional integrada; una estrategia que, bajo la lógica “usarlo o perderlo”, busca mitigar la condición de periferia del Norte para convertirlo en una parte funcional del territorio soberano.

En este sentido, el país ha intensificado su presencia para proyectar un control ininterrumpido ante la comunidad internacional, bajo la convicción de que cualquier vacío de poder o falta de actividad en la región será interpretada como una invitación para que otros actores globales capitalicen oportunidades emergentes. Esta integración administrativa permite que, durante el período 2015-2020, el control deje de ser un concepto abstracto para ejercerse mediante el monitoreo técnico, la operatividad diaria y la mejora de la infraestructura, elevando al Norte como una pieza funcional e indisociable de la estructura nacional.

El período analizado se inscribe, además, en una estrategia de posicionamiento donde Canadá aspira a consolidarse como un líder global en asuntos árticos. El país sigue una lógica de respuesta estratégica ante la asimetría frente a la Federación de Rusia al reconocer que el Ártico es el escenario que definirá su relevancia geopolítica futura, y, que el control de la región es la llave para asegurar que el desarrollo de esta nueva frontera de oportunidades se mantenga alineado con los estándares, intereses y valores nacionales, evitando que potencias externas dicten las reglas del juego en su propio espacio de influencia.

La arquitectura de control que veremos a continuación también se sustenta sobre dos pilares fundamentales y distintivos: la superación de la brecha infraestructural y una dimensión simbólica y discursiva que contribuya a la construcción de una identidad auténticamente nórdica. El Estado ha diseñado una narrativa donde el Ártico trasciende su condición de yacimiento de recursos o de base militar, para entenderse como un elemento sagrado y constitutivo del “ser nacional”. Al posicionarse como *la* nación ártica auténtica, Canadá utiliza esta conexión emocional como una herramienta de legitimación frente a la comunidad internacional y una táctica de cohesión interna. Esta percepción de pertenencia profunda le da a la disputa regional un significado que va más allá de lo legal porque se presenta como la defensa de una herencia irrenunciable que une el pasado de la nación con su proyección futura.

Así, la conducta de Canadá responde a una lógica de supervivencia dentro de un sistema internacional marcado por la incertidumbre. En este entorno, donde la seguridad absoluta es algo que resulta inalcanzable, el Estado prioriza el fortalecimiento de su capacidad de respuesta. Esta posición se agudiza ante el robustecimiento estratégico de la Federación Rusa y el interés creciente de

potencias extraregionales, amenazas que, sumadas a la viabilidad económica del deshielo, generan un ambiente de autoayuda en donde el fortalecimiento de la infraestructura y el patrullaje constituyen mecanismos de defensa preventivos para evitar la erosión de la autonomía canadiense.

Adicionalmente, la atmósfera de tensión se vio alimentada a partir de 2016 por un creciente debate público sobre el surgimiento de una nueva Guerra Fría y la posibilidad inminente de que el entorno desembocara en un conflicto abierto. Esta narrativa, funcionó como un llamado de atención destinado a movilizar recursos ante un escenario de competencia sistémica donde cada avance de terceros —ya sea en rutas de navegación o en el acceso a recursos estratégicos— es interpretado como una pérdida de soberanía efectiva. Frente a esto, el país atravesó una transición hacia una postura de firmeza estratégica. Dicho cambio se reflejó ya para el comienzo del período, en 2015, cuando el Ministro de Relaciones Exteriores rompió con la histórica tradición de cautela diplomática al señalar directamente el accionar ruso como un factor de desestabilización (Wezeman, 2016). En sintonía, la promesa de Trudeau de enfrentar el comportamiento de la Federación —caracterizado bajo la figura del “bully” (Wezeman, 2016, p.3)— operó como una señalización de disuasión dirigida tanto a la audiencia internacional como a los competidores; en sí, significó la transición de una postura pasiva a un reclamo de liderazgo activo en la gobernanza del Norte.

Esta determinación no quedó únicamente atada a lo discursivo, se materializó también en acciones de alto impacto, como la participación canadiense en el ejercicio Trident Juncture 2018 de la OTAN. El despliegue de cientos de efectivos para simular la recuperación de soberanía envió un mensaje claro: cualquier desafío al Ártico canadiense es tratado como una amenaza a la arquitectura de seguridad colectiva. A partir de este tipo de posicionamiento, se muestra a una nación que busca activamente eludir las lógicas de expansión de las grandes potencias mediante la militarización y las alianzas estratégicas. El fortalecimiento de la infraestructura crítica y la renovación de los sistemas de vigilancia submarina y satelital constituyen la traducción técnica de esta convicción política. Este despliegue busca, fundamentalmente cerrar la histórica brecha infraestructural que ha mantenido al Ártico aislado, integrando la región en una red de conectividad y monitoreo permanente.

Para comprender cómo Canadá controla al Ártico, a su vez resulta necesario deconstruir la idea de “distancia”. Un Estado que aspira a un control real debe evitar ante todo que haya una frontera psicológica entre la nación madre —el centro— y sus tierras del norte. Esto hace que el desafío de Canadá agregue un tinte de control social —o emocional— y logístico: el gobierno comprendió que para ser un actor soberano, lo principal es hacer sentir que el Ártico no es un “allá” lejano, sino un “acá” presente. Esta búsqueda de cercanía es el motor que impulsa tanto el despliegue militar como la construcción de infraestructura, justificando cada decisión no solo como un movimiento estratégico en el tablero, sino como un acto de integración nacional necesario para la propia supervivencia y seguridad nacional.

A su vez, el Estado identificó que la precariedad en las rutas terrestres, la excesiva dependencia del transporte aéreo para el abastecimiento básico y la debilidad de las redes de comunicación digital constituían una gran parte del obstáculo para la cohesión nacional, desconexión

que debilita la posición de Canadá ante el mundo ya que un territorio que no está conectado físicamente es un territorio difícil de defender y de vigilar. Una vez asimilado que el distanciamiento infraestructural es un riesgo para la seguridad, el gobierno canadiense inició un proceso de "anclaje territorial". En este sentido, las inversiones también responden a la necesidad de consolidar el control territorial a través de la ocupación efectiva. Aca, el desarrollo infraestructural cumple una función de doble uso al mejorar la integración territorial para el movimiento de recursos y personal militar, al tiempo que refuerza el vínculo material del ciudadano con el Estado canadiense.

Dentro de este proceso, la relación con los pueblos indígenas emerge como el núcleo mismo de la estrategia de soberanía canadiense. Ante el histórico reclamo de los pueblos originarios bajo el principio "Nada sobre nosotros sin nosotros" (Crown-Indigenous Relations and Northern Affairs Canada [CIRNAC] , 2019), el Estado ha respondido institucionalizando su presencia a través de una lógica de cooptación y consenso, transformado a los nativos en socios estratégicos para obtener una autoridad moral superior frente a otros reclamantes. Justin Trudeau, al calificar la relación con los pueblos indígenas como la "más importante" (NATO Strategic Communications Centre of Excellence, 2018), establece el marco bajo el cual se justifica la presencia estatal. Lejos de ser una ocupación coercitiva, se propone una gobernanza compartida que asegura que el control de la región sea percibido como legítimo y, por ende, más resiliente.

Sin embargo, esta voluntad de gobernanza requiere de un soporte físico que la proyecte, para esto, la administración de Trudeau priorizó el cierre de la brecha infraestructural mediante el desarrollo de autopistas, puertos, aeropuertos y alternativas energéticas viables. El hito que simboliza la culminación de este esfuerzo por el control terrestre fue la inauguración en 2017 de la carretera Inuvik-Tuktoyaktuk (ITH). Este proyecto trasciende la ingeniería vial porque es el primer nexo permanente que conecta la red nacional con las aguas del océano Ártico (Department of Infrastructure, s.f), la ITH elimina la dependencia de las rutas de hielo estacionales, reduciendo la vulnerabilidad logística ante la incertidumbre climática. Al garantizar acceso terrestre ininterrumpido hasta la costa norte, el Estado logra ese anclaje que le permite proyectar autoridad y recursos de forma constante concretando una ambición estatal postergada y permitiendo transformar una soberanía simbólica en una capacidad de despliegue tangible.

Además de la red de transporte, la arquitectura de control se complementa con la búsqueda de la autonomía energética, un pilar crítico para la supervivencia del Estado en este tipo de entorno. El proyecto de generación eólica Inuvik Wind Project presentado en 2018 además de ser una obra de ingeniería verde es el primer gran esfuerzo por cortar el cordón que ata al norte con el suministro externo de energía (Government of Canada, 2018); una comunidad que genera su propia energía deja de ser un punto frágil porque demuestra que es capaz de sostenerse en pie incluso cuando la logística flaquea. No obstante, esta idea de despliegue ocurre bajo la sombra de una paradoja competitiva ya que mientras Ottawa avanza en microsoluciones de resiliencia, persiste la sensación latente de que la infraestructura canadiense camina un paso por detrás de la masiva militarización y capacidad de rompehielos rusos. Este reconocimiento de inferioridad es el que inyecta urgencia al

marco político de 2019, donde se comienza a observar que el compromiso de cerrar la brecha entre el Ártico y el resto del país se presenta con más firmeza y casi como una necesidad de seguridad para evitar que la asimetría con Rusia se vuelva irreversible.

A diferencia del modelo ruso, Canadá construye su arquitectura de control a través de la acumulación de capacidades de baja escala pero amplio alcance territorial. No hay un único evento, sino un entramado de hechos, como proyectos de transporte y mejoras en pistas de aterrizaje, que, en conjunto eliminan la condición de periferia del Norte. Al financiar puntos estratégicos como el puerto de Grays Bay y la expansión del aeropuerto de Rankin Inlet (CIRNAC, 2019), el Estado no solo facilita el flujo comercial sino que se convierten en bases logísticas esenciales que permiten el despliegue de la Guardia Costera y las Fuerzas Armadas en cualquier época del año logrando que Canadá “habite” su propia geografía de forma ininterrumpida.

La dimensión militar constituye un sistema de certeza operativa frente a la incertidumbre del sistema internacional. Bajo el eslogan de la política de defensa “Fuerte, segura y comprometida” (2017), el Estado ha transitado hacia una militarización orientada a la denegación de espacio y al dominio de la información. Ante la expansión de las capacidades rusas, Ottawa ha operado bajo una discreción estratégica, donde la expansión de capacidades responde a la necesidad de una vigilancia robusta para evitar que cualquier vacío en el monitoreo técnico sea interpretado como una renuncia a la autoridad soberana. Este control se materializa en la eliminación de los considerados puntos ciegos de la geografía ártica para garantizar una transparencia total del entorno. El lanzamiento de la Misión de la Constelación RADARSAT en 2019 es el pilar de esta capacidad, dotando al Estado de la capacidad de observación satelital permanente que permite el seguimiento del tráfico marítimo y la actividad ambiental con una frecuencia preferencial (eoPortal, 2026). En el fondo, esta idea de vigilancia supera lo técnico ya que es una forma de asegurarse de que ningún movimiento externo pase inadvertido. Esta forma de vigilancia —que incluye sistemas de sensores submarinos y la modernización del control del espacio aéreo a través de la alianza con la organización binacional de defensa con Estados Unidos: NORAD (CIRNAC, 2019)— constituye un escudo técnico de exclusión. Como mecanismo que busca equilibrar, el conocimiento absoluto del entorno funciona como el primer multiplicador de fuerza; es la herramienta que permite compensar la inferioridad numérica frente a la flota rusa, garantizando un control absoluto y permanente.

En el plano naval, la voluntad de presencia se concreta en la construcción de los buques de patrulla ártica de la clase Harry DeWolf (AOPS), un proceso que inició su fase de ejecución en 2015 y culminó con la entrega de la primera unidad en el año 2020 (Government of Canada, s.f). Analizando más allá de los estándares del combate naval clásico, es interesante verlos en su posición como plataformas de señalización estratégica. Su función no es la destrucción del oponente, sino el “habitamiento” del hielo; su presencia en las rutas de navegación actúa como un recordatorio físico de la jurisdicción canadiense. Al mejorar drásticamente las comunicaciones y la operatividad en climas extremos, los AOPS le permiten al Estado una agilidad que antes no tenía, desde las tareas de patrullaje en tiempos de paz hasta operaciones de respuesta rápida ante contingencias externas.

En sí, esta capacidad de proyectar presencia de manera sostenida es lo que permite al Estado eludir la subordinación en su propio espacio vital, comunicando que posee tanto la tecnología como la determinación para defender sus intereses económicos y estratégicos.

Por otro lado, la legitimidad del modelo canadiense se apoya en una presencia territorial efectiva articulada a través de los Canadian Rangers. Operando como los "ojos y oídos" permanentes del Estado (North Atlantic Treaty Organization, 2022), estos funcionan como el nexo operativo entre el poder central y las comunidades locales. En el tablero geopolítico, los Rangers son mucho más que una reserva, son el mecanismo que transforma el control en una estrategia de gobernanza compartida. Al otorgar a los habitantes locales un rol protagónico, Canadá neutraliza la percepción de una ocupación coercitiva, legitimando su dominio bajo el argumento de que la seguridad nacional es indisociable del bienestar de sus pueblos originarios. Esta alianza proporciona a Ottawa una autoridad sólida, convirtiendo la cohesión social interna en una barrera defensiva que disuade a cualquier actor extranjero de intentar internacionalizar un espacio que el Estado ya controla.

Todo el despliegue integral confluye en el intento de una nueva actitud que caracteriza al período: la firmeza estratégica. La Operación NANOOK funciona, precisamente, como el punto de intersección de estas capacidades; durante el período analizado, este ejercicio anual, transformó su naturaleza hacia la defensa de la soberanía al integrar maniobras de denegación de espacio con la participación de aliados internacionales. Canadá utiliza el escenario para señalar el abandono de su histórica cautela y demostrar que su seguridad está inserta en una red de alianzas que busca desincentivar la hegemonía ajena. Pese a los vacíos operativos que aún persisten, la inversión en equipamiento específico para el frío y en los sistemas de vigilancia submarina demuestran que el Estado ha comprendido que el control del Ártico es un imperativo existencial. Así, la militarización funciona como la pieza que une el discurso identitario con la infraestructura física: un despliegue orientado a asegurar que el territorio permanezca bajo la órbita soberana de una nación decidida a proteger su autonomía frente a la amenaza del "bully" externo.

Entre 2015 y 2020, queda claro que Canadá intentó darle un cambio a su enfoque sobre el Ártico, pasando de considerarlo una frontera remota a tratarlo como una parte central de su territorio. A diferencia de Rusia, que basa su control en un despliegue militar masivo y una gran exhibición de poder, el gobierno de Justin Trudeau apostó por una presencia basada en el monitoreo técnico de la región.

Pero, al analizar ambos casos la realidad choca con el discurso. Canadá usa su relación con los pueblos originarios para justificar de cierta forma su control territorial; según el Consejo Ártico, Canadá es prácticamente el país con menos habitantes en su región, con apenas 150,000 habitantes que, si lo comparamos con los 2.5 millones de personas que tiene Rusia en su zona ártica, la diferencia es abismal. Esta falta de masa obliga al Estado canadiense a elevar la importancia de la población local y de los Canadian Rangers a un nivel estratégico porque en esencia son la única presencia permanente en gran parte del territorio.

El problema es que esta estrategia tiene fallas importantes al presentar brechas significativas entre lo que se anuncia en los documentos y la implementación en las comunidades. La gestión de los recursos naturales es un gran ejemplo de esto, en 2016 el gobierno aplicó una moratoria que prohíbe nuevas licencias de petróleo y gas (Nicole y Barnes, 2019) que, aunque se vendió como protección ambiental, genera una contracción porque frena la economía sin dar opciones reales a los locales. En la práctica, la inversión canadiense queda por debajo de lo que proclama en su discurso, debilitando su peso real como potencia ártica. La falta de infraestructura crítica, de una economía dinámica que dé empleos a los locales, y de equipamiento genera una contradicción evidente: un Estado que aspira a proyectar presencia, pero carece de los recursos y efectivos necesarios para respaldarla.

En definitiva, el futuro del Ártico se va a decidir en el choque de estos dos modelos. Por un lado, la saturación física y el músculo de Rusia; por el otro, el intento de Canadá de resistir a través de la integración y el sentido de pertenencia. Al final del día, el mensaje es claro: en un tablero global tan competitivo, la única forma de no perder la geografía es habitándola de verdad, no sólo de palabra.

Consideraciones finales

“No es personal, son solo negocios” — Michael Corleone, *El Padrino* (1972).

El recorrido de la investigación permitió, en primera instancia, trascender la visión simplificada del Ártico como una periferia geográfica para posicionarlo como el escenario central de la disputa de poder contemporánea, un proceso enmarcado durante el período 2015-2020. Fue indispensable profundizar en la concepción del Ártico para entender que su relevancia no radica sólo en la abundancia de recursos naturales, sino también en su condición de espacio estratégico donde el cambio climático actúa como el gran repartidor de capacidades estatales. En este sentido, evitar una definición estática del área permitió ver cómo los actores influyentes moldean la cartografía regional según sus propias interpretaciones —climáticas, políticas y estrategias— para legitimar su presencia ante un orden internacional en transformación. Por esta razón, previo al análisis, resultó inevitable establecer las bases del tablero ártico, definir quiénes habitan el territorio, qué actores tienen influencia y cuáles son los activos estratégicos que subyacen allí.

Para responder al interrogante sobre como Canadá y Rusia ejercieron el control territorial en el período analizado, la investigación concluye que dicho proceso respondió a un entramado deliberado y asimétrico de capacidades. Ambos países construyeron su control mediante mecanismos específicos que responden a sus propias necesidades usando tres herramientas —presencia militar, infraestructura y poder discursivo— ejecutadas bajo lógicas operativas distintas. Al analizar el porqué de cada decisión, es evidente que nada en el Ártico pasa por azar; detrás de cada movimiento hay una lógica estratégica donde, aunque no siempre esté a la vista todo está fríamente calculado para blindar la autonomía del Estado.

El caso de la Federación Rusa permitió identificar un modelo de control basado en la hegemonía material y la exclusión estratégica. Para el Kremlin, el Ártico constituye su “El dorado” energético y logístico, una pieza existencial para ratificar su estatus de gran potencia global. Durante el período analizado, el control ruso se manifestó mediante una lógica de saturación, en el sentido de que la modernización de la flota de rompehielos y la expansión de bases militares autónomas no solo protegen las fronteras sino que imponen una barrera operativa sobre la Ruta Marítima del Norte. Así, el control efectivo para Moscú se legitima mediante su capacidad para ocupar y denegar el espacio incluso ante condiciones extremas. Al hacerlo, Rusia establece su primacía técnica y política, que busca someter la región a un dominio doméstico.

Por el contrario, el caso de Canadá reveló una forma de control sustentada en la resistencia a través de la construcción simbólica. Ante la vulnerabilidad que supone la falta de una infraestructura pesada y de una masa crítica de población similar a la de Rusia, Ottawa apostó por un modelo donde la identidad nacional y la narrativa de pertenencia funcionan como herramientas de defensa. Así, el control canadiense no busca una hegemonía expansiva, sino la protección de su autonomía frente a la amenaza de una posible injerencia de potencias externas —ya sea Rusia o

Estados Unidos—. En este caso, el poder discursivo se consolidó como el pilar más importante de su estrategia a través de la inclusión de los pueblos originarios y la reivindicación del Norte como parte constitutiva de la identidad nacional. Canadá intentó buscar una barrera de legitimidad social —casi moral— para evitar que otros actores decidieran sobre su territorio. Sin embargo, la investigación pone de manifiesto una paradoja: hay una brecha significativa entre las aspiraciones discursivas de integración y la inversión real en infraestructura, lo que sugiere que la postura canadiense es esencialmente una lucha por preservar lo propio frente a la presión de actores con capacidades materiales mayores.

En relación con los objetivos, el proceso de investigación resultó revelador al permitir identificar los temas que constituyen el núcleo de interés para cada Estado. Lejos de ser algo uniforme, la importancia otorgada a cada eje es profundamente asimétrica: mientras que en ciertas áreas un actor despliega todo su potencial, en otras decide ceder espacio o priorizar el discurso confirmando que las estrategias de control no son generales sino que se calibran según lo que cada país considera vital para su supervivencia y proyección de poder. Esta jerarquización de intereses se puede observar, en primer lugar, en el uso y control de los recursos naturales. Para Rusia el control energético se materializa en proyectos de gran alcance como Yamal LNG. Por el contrario, Canadá mantiene una postura más ambivalente, priorizando una narrativa de protección ambiental y moratorias que limitan su explotación inmediata; una diferencia que evidencia que mientras Rusia ve a los recursos como un pilar de su poder ofensivo, Canadá lo gestiona bajo una lógica cuidadosa que prioriza la estabilidad de su relato nacional sobre la expansión material.

En cuanto al segundo objetivo, centrado en las poblaciones indígenas, el análisis reveló que las comunidades han dejado de ser actores secundarios para convertirse en pilares de la estrategia de control. Fue claro que para Canadá los pueblos originarios son una especie de escudo porque el Estado institucionaliza su presencia a través de una gobernanza compartida transformando la identidad indígena en un factor de legitimación que ratifica el Ártico como un territorio históricamente canadiense. Para Rusia, si bien se reconoce su importancia para la estabilidad social —sobre todo en zonas de extracción— su rol permanece subordinado a los imperativos de la seguridad nacional; aquí, el Estado la coopta para asegurar que el desarrollo industrial no encuentre resistencias internas que debiliten su proyección de poder.

Finalmente, al evaluar las implicancias políticas y modelos de gobernanza la investigación concluye que el período 2015-2020 consolidó dos modelos de autoridad antagónicos. Rusia ha impuesto un modelo de soberanía basado en la capacidad de exclusión y en la política de estar presente; lógica donde, en última instancia, el que está, manda y la legitimidad proviene de la contundencia de la presencia física sobre el terreno. Canadá, en cambio, ha intentado sostener un modelo distinto donde su derecho sobre el territorio se discute con reglas claras y presencia social. Su autoridad nace del intento de convicción de que ellos son el Ártico. El gran desafío es que, en la realidad del poder, tener razón o cumplir las normas no siempre alcanza, hay un riesgo real de que el

discurso canadiense termine siendo ignorado por la fuerza de los hechos que Rusia impone sobre el territorio.

Este contraste invita también a una revisión del realismo en la región. Mientras la conducta de Rusia busca maximizar el poder y cerrar la puerta para asegurar su riqueza, el caso de Canadá presenta una resistencia que opera bajo la lógica de no dejar que nadie ingrese en su jurisdicción. Al final, el futuro del Ártico se basa en la colisión de estas dos formas de entender el espacio.

En este tablero, queda claro que las decisiones de los Estados responden a intereses estratégicos de largo plazo. Convertirse en quien controla al Ártico implica asegurar el dominio económico y la capacidad de explotar una región que es, hoy por hoy, una de las cartas más valiosas del orden internacional. Nadie renunciaría o no lucharía por una pieza tan estratégica en un escenario tan impredecible, donde el cambio climático y los conflictos globales obligan a pasar constantemente de las declaraciones a la acción. Al finalizar esta investigación, queda claro que en este marco de alta competencia geopolítica, la soberanía trasciende las declaraciones oficiales; se manifiesta como una voluntad política de habitar el territorio de forma ininterrumpida. Ya sea a través de la solidez de los rompehielos o mediante la fuerza de una identidad nacional decidida a no ser desplazada, la única forma de no perder geografía es habitándola; al fin y al cabo, el dominio de esta frontera definirá quiénes se consolidarán como grandes potencias en el tablero global del mañana.

Referencias bibliográficas

Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE). (2018). *Cuaderno de trabajo N.º 11: El Ártico y su importancia estratégica* [Cuaderno de trabajo]. <https://anepe.cl/wp-content/uploads/2020/11/Cuaderno-de-Trabajo-N%C2%B011-2018-.pdf>

Aguilera Aranda, F. (2023). *El Ártico y las relaciones internacionales. En El Ártico: La región para la colaboración (o las disputas)* (pp. 107-156). Instituto Español de Estudios Estratégicos. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9158049>

Arctic Council. (s. f.). *About the Arctic Council*. <https://arctic-council.org/about/>

Arctic Council. (s.f.). *Canada*. Arctic Council. <https://arctic-council.org/about/states/canada/>

Arctic Council. (s.f.). *Russian Federation*. Arctic Council. <https://arctic-council.org/about/states/russian-federation/>

Bergh, K., y Klimenko, E. (2021). Understanding national approaches to security in the Arctic. En *Security and climate change in the Arctic* (SIPRI Policy Paper No. 25, pp. 41-75). Stockholm International Peace Research Institute. https://www.sipri.org/sites/default/files/2021-09/no._25.pdf

Boulègue, M. (junio de 2019). *Russia's Military Posture in the Arctic: Managing Hard Power in a 'Low Tension' Environment*. Chatham House. https://www.chathamhouse.org/sites/default/files/2019-06-28-Russia-Military-Arctic_0.pdf

Boulègue, M. y Pindják, P. (2023, 22 de junio). *Russia's Military Capabilities in the Arctic*. ICDS. <https://icds.ee/en/russias-military-capabilities-in-the-arctic/>

Broek, E., Olczak, N., y Dellmuth, L. (2023). *The Involvement of Civil Society Organizations in Arctic Governance*. Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI). <https://doi.org/10.55163/NKQM8574>

Business Index North. (Septiembre de 2024). *Overview of Russia's Investments in the Arctic in 2017-2022*. https://businessindexnorth.com/sites/b/businessindexnorth.com/files/2024/09/overview_of_russias_investments_in_the_arctic.pdf

Cherpako, D. (2020, 20 de agosto). *What is Russia doing in the Arctic?* (Policy Primer). North American and Arctic Defence and Security Network (NAADSN). https://www.naadsn.ca/wp-content/uploads/2020/08/20-August_Cherpako_What-is-Russia-doing-in-the-Arctic_-Policy-Primer-1.pdf

Colacrai, M. (1998). *El Ártico y la Antártida. Su rol en las Relaciones Internacionales. Su relevancia desde la perspectiva ambiental*. Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario y Centro de Estudios Canadienses de Rosario. <http://hdl.handle.net/2133/19943>

Conley, H. A. y Rohloff, C. (2015, 15 de junio). *Russia and the Arctic: The end of cooperation?* SIPRI. <https://www.sipri.org/commentary/essay/2015/russia-and-arctic-end-cooperation>

Coppola, F. F. (Director). (1972). *El Padrino* [Película]. Paramount Pictures.

Crown-Indigenous Relations and Northern Affairs Canada. (2019). *Canada's Arctic and Northern Policy Framework*. Government of Canada. <https://www.rcaanc-cirnac.gc.ca/eng/1560523306861/1560523330587>

Crown-Indigenous Relations and Northern Affairs Canada. (10 de septiembre de 2019). The Government of Canada launches co-developed Arctic and Northern Policy Framework. Government of Canada. <https://www.canada.ca/en/crown-indigenous-relations-northern-affairs/news/2019/09/the-government-of-canada-launches-co-developed-arctic-and-northern-policy-framework.html>

Department of Infrastructure. (s.f.). *Inuvik Tuktoyaktuk Highway (ITH)*. Government of the Northwest Territories. <https://www.inf.gov.nt.ca/en/ITH>

Department of National Defence. (22 de julio de 2024). *Operation NANOOK*. Government of Canada. <https://www.canada.ca/en/department-national-defence/services/operations/military-operations/current-operations/operation-nanook.html>

Devyatkin, P. (13 de febrero de 2018). Russia's Arctic Strategy: Military and Security (Part II). *The Arctic Institute*. <https://www.thearcticinstitute.org/russias-arctic-military-and-security-part-two/>

Dodds, K. (2021). *La geopolítica del ártico*. <https://www.cidob.org/publicaciones/la-geopolitica-del-artico>

Dodds, K., y Nuttall, M. (2016) *The Scramble For The Poles: The Geopolitics Of The Arctic and Antarctic*. Polity press

Elden, S. (2013). *The birth of territory*. The University of Chicago Press.

eoPortal. (8 de marzo de 2026). *RCM (RADARSAT Constellation Mission)*. Agencia Espacial Europea. <https://www.eoportal.org/satellite-missions/rcm#overview>

Euronews (en español). (2017, 30 de marzo). *Putin viaja al Ártico, la Meca rusa de los hidrocarburos* [Video]. YouTube. <https://youtu.be/T2JgdWXHkOY>

Garcés de los Fayos, F. (junio de 2012). *Arctic governance: Balancing challenges and development* (DG EXPO/B/PolDep/Note/2012_136). European Parliament. [https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/briefing_note/join/2012/491430/EXPOAFET_SP\(2012\)491430_EN.pdf](https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/briefing_note/join/2012/491430/EXPOAFET_SP(2012)491430_EN.pdf)

Government of Canada. (s.f.). *Harry DeWolf-class Arctic and Offshore Patrol Ships*. Royal Canadian Navy. <https://www.canada.ca/en/navy/corporate/fleet-units/surface/harry-dewolf-class.html>

Heininen, L. (2012). *Arctic strategies and policies: Inventory and comparative study* (2nd ed.). The Northern Research Forum & University of Lapland. https://www.rha.is/static/files/NRF/Publications/arctic_strategies_7th_draft_new_20120428.pdf

Ilustre Colegio Oficial de Geólogos (ICOG). (febrero, 2024). Los recursos minerales y energéticos en el Ártico: una nueva frontera a explorar. <https://www.icog.es/TyT/index.php/2024/02/los-recursos-minerales-y-energeticos-en-el-artico-una-nueva-frontera-a-explorar/>

Indigenous and Northern Affairs Canada. (2017). *A Report on the Delivery of the First Nations Land Management Regime*. Government of Canada. https://publications.gc.ca/collections/collection_2017/aanc-inac/R74-37-2017-eng.pdf

Infrastructure Canada. (30 de noviembre de 2018). *The governments of Canada and Northwest Territories invest in first Arctic Energy Fund project with Inuvik wind generation, creating cleaner and more affordable energy*. Government of Canada. <https://www.canada.ca/>

Inuit Circumpolar Council. (s.f.). *About ICC*. <https://www.inuitcircumpolar.com/>

Klimenko, E. (2016). *Russia's Arctic security policy: Still quiet in the High North?* (SIPRI Policy Paper No. 45). Stockholm International Peace Research Institute. <https://www.sipri.org/publications/2016/sipri-policy-papers/russias-arctic-security-policy-still-quiet-high-north>

Klimenko E. (diciembre, 2019). *The Geopolitics of a Changing Arctic*. SIPRI Background Paper. <https://www.sipri.org/publications/2019/sipri-background-papers/geopolitics-changing-arctic>

Kluge, J. y Paul, M. (26 de noviembre de 2020). Russia's Arctic Strategy through 2035: Grand Plans and Pragmatic Constraints. *SWP Comment*, (57), e2020C57. <https://doi.org/10.18449/2020C57>

Krutikov, A. V., Smirnova, O. O. y Bocharova, L. K. (2020). Strategy for the development of the Russian Arctic. Results and prospects. *Arctic and North*, (40), 213-228. <https://doi.org/10.37482/issn2221-2698.2020.40.254>

Lackenbauer, P. W. (2017). Canada's Northern Strategies: From Middle to Emerging Arctic Power. En D. Roussel y N. Salee (Eds.), *The North American Arctic: Themes in Regional Security* (pp. 71-92). UCL Press.

<https://arts.ucalgary.ca/sites/default/files/teams/25/17%20-%20Lackenbauer%20-%20Canadas%20Northern%20Strategies.pdf>

Lackenbauer, P. W., y Koch, K. (2021). *Northern and Arctic security and sovereignty: Challenges and opportunities for a Northern Corridor* (SPP Research Paper No. 25). The School of Public Policy, University of Calgary. https://www.policyschool.ca/wp-content/uploads/2021/08/EN_FR_NC25_Arctic-Security_Lackenbauer-Koch.pdf

López, J. (2022). Análisis de la militarización del Océano Ártico en base a su importancia en la sociedad internacional del siglo XXI. *Comillas Journal of International Relations*, (25), 1-18.

Mearsheimer, J. J. (2001). *The tragedy of great power politics*. W. W. Norton.

Melvin, N., y Bergh, K. (2021). Introduction. En *Security and climate change in the Arctic* (SIPRI Policy Paper N° 25, pp. 1-12). Stockholm International Peace Research Institute. https://www.sipri.org/sites/default/files/2021-09/no._25.pdf

Moe, A. (2020). A new Russian policy for the Northern sea route? State interests, key stakeholders and economic opportunities in changing times. *The Polar Journal*, 10(2), 209–227. <https://doi.org/10.1080/2154896X.2020.1799611>

NATO Strategic Communications Centre of Excellence. (2018). *Arctic Narratives*. <https://stratcomcoe.org/cuploads/pfiles/webarcticnarratives-a4-canada-1-1.pdf>

Nicole, H. N., y Barnes, J. (2019). Resilience, Environment and Economic Development in the Canadian Arctic. En *Canada's Arctic Agenda: Into the Vortex* (pp. 111-117). Centre for International Governance Innovation.

North Atlantic Treaty Organization. (24 de agosto de 2022). *NATO is stepping up in the High North to keep our people safe* [Transcripción de discurso]. <https://www.nato.int/en/news-and-events/events/transcripts/2022/08/24/nato-is-stepping-up-in-the-high-north-to-keep-our-people-safe>

Orozco, G. (2005). El concepto de la seguridad en la teoría de las relaciones internacionales. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (72), 161–180. <http://www.jstor.org/stable/40586218>

Palacián de Inza, B. (octubre, 2010). La creciente importancia del Ártico. *Revista Española de Defensa*, 23(267), 50–53. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Pelaudeix, C. (2015). What is “Arctic governance”? A critical assessment of the diverse meanings of “Arctic governance”. *The Yearbook of Polar Law*, 6, 398–426. https://doi.org/10.1163/1876-8814_015

Pindják, P. (2020, 12 de abril). *Russia's Arctic Strategy: A Comprehensive Approach to Security*. CIBRIEF. <https://cibrief.org/2020/04/12/01-136/>

Putin, V. (2017, 16 de febrero). *Meeting of the Federal Security Service Board*. President of Russia. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/54149>

Quattrocchi, P., y Castriani, M. (2020). *The evolution of Canadian Arctic policies*. Centro Studi Italia-Canada. https://www.centrostudi-italiacanada.it/files/250329/the_evolution_of_canadian_arctic_policies_csic_p_aolo_quattrocchi_marco_castriani.pdf

Rivas de Hernández, S. M. (2021). La importancia estratégica del Ártico en la geopolítica marítima. *Relaciones internacionales*, 30(61), 159-176. <https://doi.org/https://doi.org/10.24215/23142766e140>

Romero Junquera, A. (2023). El ámbito geopolítico y de seguridad del Ártico. En *El Ártico: La región para la colaboración (o las disputas)* (pp. 51-106).

Russian Federation. (2023). *Strategy for Development of the Arctic Zone of the Russian Federation and Provision of National Security for the Period up to 2035 (Revised)* (Russia Maritime Studies Institute, Trad. no oficial). U.S. Naval War College. (Obra original publicada en 2020). https://usnwc.edu/images/portals/0/NWCDepartments/Russia-Maritime-Studies-Institute/16MAR23_20201026_ENG_RUS_Arctic-Strategy2035_FINAL_16MAR238f95.pdf

Salas Bourgoín, M. A. (2022). Control territorial: análisis teórico desde la perspectiva del Estado. *Revista Geográfica Venezolana*, 63(1), 12–29. <https://doi.org/10.53766/RGV/2022.63.01>.

Sergunin, A., y Gjørsv, G. H. (2020). The Politics of Russian Arctic shipping: evolving security and geopolitical factors. *The Polar Journal*, 10(2), 251–272. <https://doi.org/10.1080/2154896X.2020.1799613>

Soroka, G. (2016). The political economy of Russia's reimagined Arctic. *Arctic Yearbook*. https://arcticyearbook.com/images/yearbook/2016/Scholarly_Papers/14.Soroka.pdf

Torús, M. (noviembre, 2021). Rusia y el Ártico: la Ruta Marítima del Norte, desafíos y oportunidades. *Boletín Informativo del Grupo de Jóvenes Investigadores*, (14), 35–39. http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/135033/Documento_completo.pdf

United Nations Environment Programme. (2022). *The shrinking Arctic sea ice (Foresight Brief No. 028)*. UNEP. <https://wedocs.unep.org/bitstream/handle/20.500.11822/38414/FB028.pdf>

Waltz, K. N. (1979). *Theory of international politics*. Addison-Wasley Publishing Company.

Wezeman, S. T. (2016). *Military Capabilities in the Arctic*. SIPRI Background Paper. Stockholm International Peace Research Institute.
<https://www.sipri.org/sites/default/files/Military-capabilities-in-the-Arctic.pdf>

Willimon, B. (Escritor) y Fincher, D. (Director). (1 de febrero de 2013). Capítulo 1 (Temporada 1, Episodio 1) [Episodio de Serie de televisión]. En Fincher, D. y Spacey, K. (Productores) *House of Cards*. Netflix.